1914 El suicidio de Europa

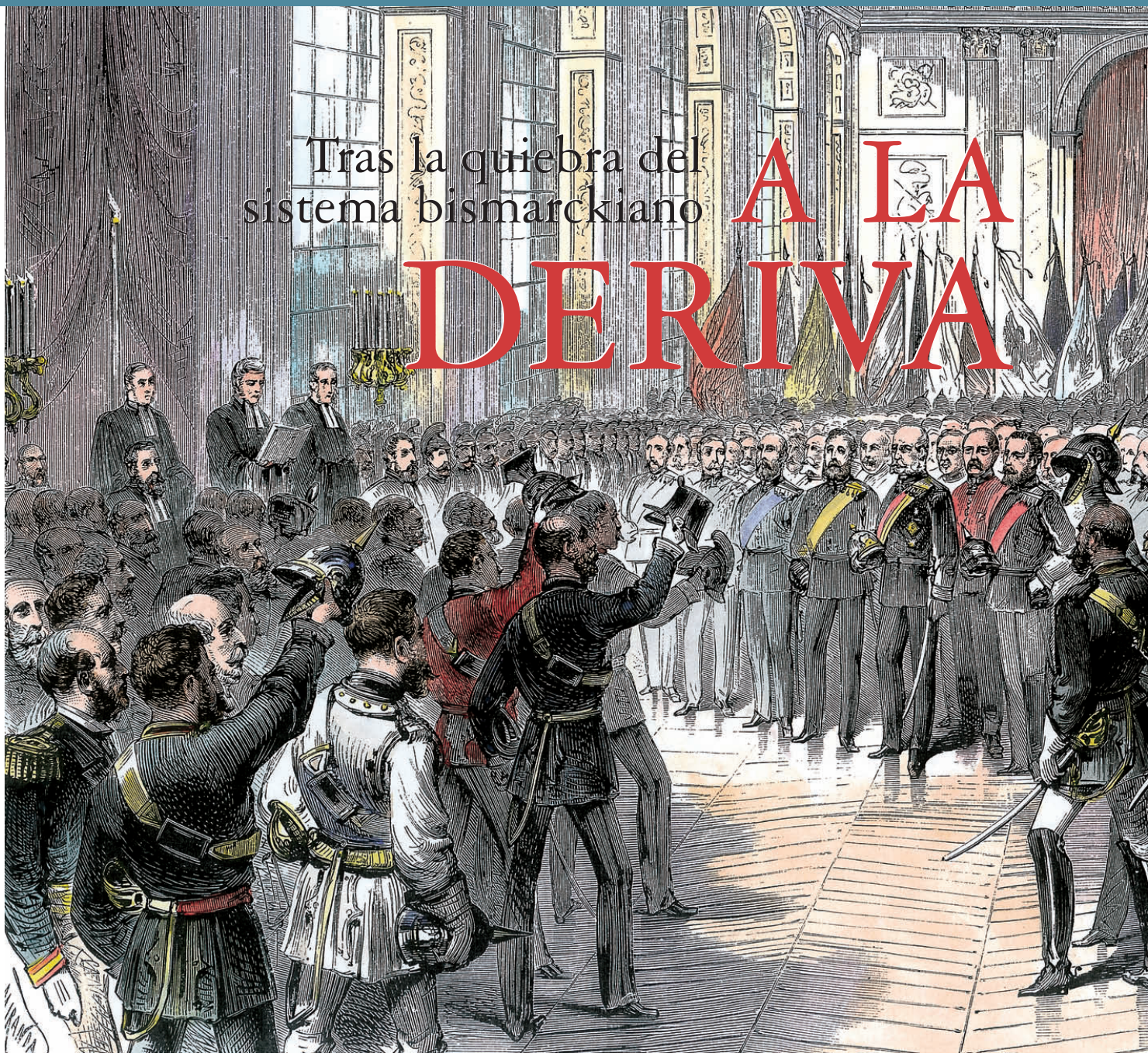
El papel hegemónico que pretendía conseguir Guillermo II, según una caricatura francesa de la época.

18. A la deriva. Tras la quiebra del sistema bismarckiano
Rosario de la Torre

24. El pretexto. Magnicidio en Sarajevo
Julio Gil Pecharromán

30. ¡A sangre y fuego! No se quiso la paz
David Solar

En 1914, Europa, dueña del mundo y cabeza del progreso, estaba carcomida por conflictos nacionalistas, ambiciones territoriales y políticas, deseos de revancha y agravios sociales que estallaron ante el asesinato del heredero del Imperio Austro-húngaro en Sarajevo. Después de medio siglo sin medir sus armas, las grandes potencias se precipitaron insensatamente hacia la guerra



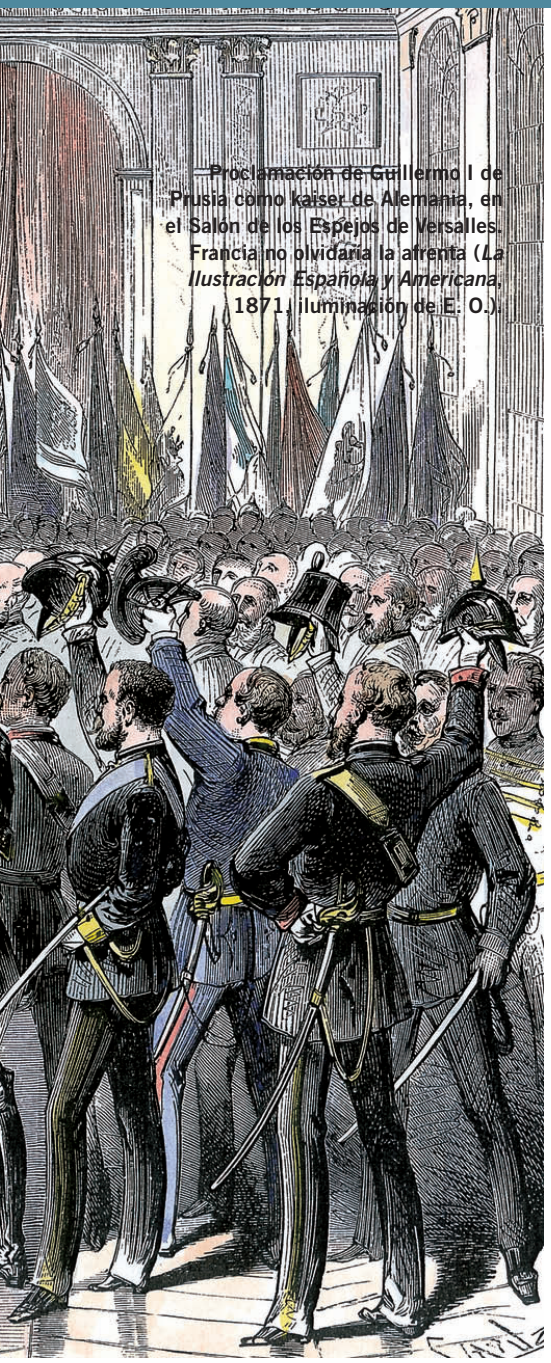
Tras la quiebra del sistema bismarckiano

A LA DERIVA

La política del *Canciller de Hierro* logró mantener la paz en Europa durante cuatro décadas. **Rosario de la Torre** expone las virtudes del sistema y cómo Guillermo II lo desmontó, propiciando el acercamiento ruso-francés, desatando las tensiones en Marruecos y descuidando el avispero balcánico

La Europa de 1914 estaba dominada por cinco grandes potencias: Reino Unido, Alemania, Francia, Austria-Hungría y Rusia. Los otros Estados sólo tenían una importancia secundaria. Las monarquías liberales escandinavas, muy poco pobladas, no tenían ninguna influencia. Bélgica y los Países Bajos, bien situados junto al mar del Norte y con ricos imperios coloniales, y la neutral Suiza eran países prósperos, pero al margen de los grandes problemas internacionales. Algo parecido ocurría con las penínsulas mediterráneas, que sufrían las dificultades tradicionales de las sociedades agrarias pobres. Sólo la Italia unificada había intentado participar en el gran juego internacional, pero los resultados habían sido escasos. Los países balcánicos, liberados en su mayor parte del Imperio Otomano –que había quedado reducido en Europa a una estrecha franja que controlaba los estrechos Bósforo y Dardanelos– sufrían la presión de Austria-Hungría y Rusia, sus poderosos vecinos.

Rosario de la Torre del Río es profesora titular de Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid.



Proclamación de Guillermo I de Prusia como kaiser de Alemania, en el Salón de los Espejos de Versalles. Francia no olvidaría la afrenta (*La Ilustración Española y Americana*, 1871, iluminación de E. O.).

Las grandes potencias, de acuerdo con sus regímenes políticos, se dividían en dos grupos: uno liberal y en parte democrático al oeste: Francia y Reino Unido, donde funcionaba un parlamentarismo sólidamente instalado. Otro, autoritario en el centro y este: Alemania, Austria-Hungría y Rusia constituían tres imperios en los que la existencia de partidos políticos y asambleas representativas no ocultaba su carácter autocrático, sostenido por el origen divino del poder y por el predominio social y político de ejércitos y aristocracias.

Uno de los problemas candentes del momento era la reivindicación independentista de grupos nacionales minoritarios. El Reino Unido no había encontrado una solución para la cuestión irlandesa; Alemania englobaba a una importante proporción de polacos, alsaciano-loreneses y daneses; Rusia incorporaba fineses, bálticos, polacos y rumanos. Peor era la situación en el Imperio Austro-húngaro, cuyos grupos dirigentes sólo eran una minoría frente a eslavos del sur, polacos, checos, eslovacos, rumanos e italianos; amplias minorías que se detestaban entre sí pero que se unían a la hora de rechazar la política de Viena y Budapest... Este problema amenazaba la existencia de la monarquía de los Habsburgo y, como consecuencia del juego de alianzas, constituía un serio peligro para la paz.

Estas cinco grandes potencias se encontraban en un muy distinto grado de evolución económica. Rusia y Austria-Hungría apenas iniciaban su modernización; la masa de su población seguía siendo esencialmente rural. Francia, aunque mantenía un fuerte carácter agrario, había desarrollado una importante industrialización, transportes modernos y una moneda sólida tan apreciada como la libra esterlina en las transacciones internacionales. El Reino Unido y Alemania competían en la producción de hulla, hierro y acero, en el transporte marítimo y en el sistema bancario y financiero... pero Alemania estaba cobrando ventaja y convirtiéndose en la primera potencia industrial.

Esta Europa dividida y problemática dominaba el planeta por medio de su control económico e inversiones financieras. Dueña de la mayor parte de los medios de comunicación, compraba al resto del mundo los productos agrícolas y las materias primas y vendía productos manufacturados en todos los mercados. Desde mediados del siglo XIX, cerca de cincuenta millones de europeos se habían instalado en los cuatro puntos cardinales y fortalecían los lazos económicos y financieros que conectaban a Europa con un mundo absolutamente dependiente.

Y, además, disponía del monopolio colonial. En 1914 las potencias europeas controlaban casi por completo África y Asia. Los beneficios eran importantes, ya que los países coloniales quedaban sometidos a una economía de explotación orientada hacia la producción de materias primas o de manufacturas exóticas muy apreciadas por los mercados.

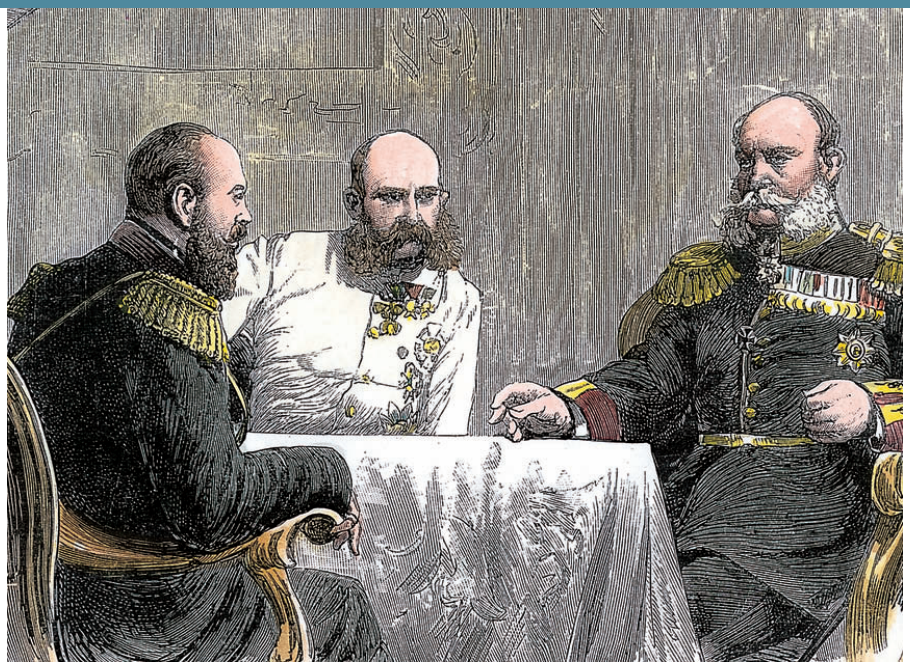
Sólo dos potencias, Estados Unidos y Japón, escapaban a esa hegemonía y competían como iguales. Los norteamericanos iban en cabeza tanto en la producción energética como en la metalúrgica; sus exportaciones hacia Asia Oriental amenazaban los intereses británicos y se oponían a la intervención europea en el continente americano, al tiempo que copaban sus mercados. Japón, con muchos menos recursos, se había ganado el respeto militar y vivía un crecimiento económico espectacular.

A pesar de que los indicios hacían pensar que su posición hegemónica tenía los días contados, las potencias europeas no se preocuparon ni por la aparición de nuevas potencias rivales, ni por el crecimiento de movimientos nacionalistas en las colonias y en los países islámicos, ni por el lento declinar de su porcentaje en la producción mundial. En 1914, seguían confiando en el mantenimiento indefinido de su situación privilegiada. Pero la amenaza más evidente se derivaba de sus propias rivalidades.

Bismarck, artífice de la política europea durante dos décadas, conversa con Giers y Kalnorky, cancilleres de Rusia y Austria.

Fermento de revancha

En 1914, todas estas potencias no eran piezas aisladas del equilibrio estratégico, sino que estaban comprometidas en un sistema internacional bipolar, en el que la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia, y la Triple Entente de Francia, Rusia y Reino Unido se



Conferencia de los Tres Emperadores: Alejandro III, Francisco José y Guillermo I, en 1884. La precaria relación entre Rusia y Austria, auspiciada por Alemania, recibía un nuevo impulso.

enfrentaban en el marco de una impresionante carrera armamentística, en medio de un clima dominado por sentimientos y valores irracionales. Aquellas crisis internacionales –cuatro en nueve años– se debieron a antagonismos y compromisos que tenían tras sí una larga historia.

Es posible que el proceso de destrucción del concierto europeo que culminó en 1914 se iniciara en 1871, cuando Alemania, recién unificada, alcanzó de golpe la preponderancia en Europa, gracias a su poder militar, que se impuso en en tres guerras a Austria, Dinamarca y Francia. El canciller Otto von Bismarck –tan hábil en las negociaciones como en la adaptación de su sistema al paso del tiempo– encarnó esa primacía y dirigió el juego diplomático hasta 1890.

Las unificaciones de Italia y de Alemania debilitaron la posición de Austria. Bismarck no quiso unirla al nuevo Reich, pero deseó contar con ella, pensando que había jugado un papel tan importante en el mundo germánico, que su colaboración era indispensable para la propia existencia de Alemania. Por su parte, el emperador austríaco, Francisco José, tras la derrota de Sadowa ante los prusianos, buscó la salvación en un compromiso con los húngaros que, en la nueva monarquía dual, convertirían en predominantes sus intereses balcánicos y facilitarían el compromiso con la nueva Alemania. La influencia del conde Gyula Andrássy, miembro de una distinguida familia magiar, marcaría la dirección de la política exterior austrohúngara hasta 1914.

Francia, que disponía de unas finanzas y una economía sólidas, se recuperó enseguida de la derrota y no se resignó a la pérdida de Alsacia-Lorena. La revancha se convirtió en una aspiración para la inmensa mayoría de los franceses. Bismarck, convencido de que Francia no se resignaría, pensó que, sin aliados, debería posponer su revancha; por tanto, trató de aislarla –para lo cual estableció un sistema de alianzas permanentes– y de intimidarla con amenazas. Estas maniobras antifrancesas contribuyeron a la tensión internacional.

La Triple Alianza, formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia, fortalecía el poder alemán y aislaba a Francia

El tinglado del canciller

Con la seguridad que le proporcionaba la superioridad de su economía industrial y de su marina comercial y de guerra, Inglaterra no se inquietó por la preponderancia alemana que ni parecía desear una flota de guerra ni ambicionar un imperio colonial. Los británicos, confiados en su dominio colonial y marítimo, mantuvieron una política exterior de manos libres, sin entablar alianzas que pudieran comprometer su futuro.

La Triple Alianza fue una consecuencia de la política de Bismarck, que aprovechó las rivalidades existentes para establecer un sistema defensivo que asegurase la preponderancia europea del II Reich. La primera pieza del nuevo sistema se estableció en 1879, cuando Alemania y Austria-Hungría firmaron la Dúplice, una alianza defensiva frente a Rusia, que se renovaría sin cambio alguno hasta 1914. Bismarck y Guillermo I sintieron reparos al establecer una alianza para frenar a una Rusia que no tenía aliados, pero se impusieron los planteamientos de Andrássy, y Bismarck cedió para asegurarse la amistad austríaca.

Aunque la alianza era secreta, Rusia fue consciente de los peligros que se derivarían para sus intereses si permanecía aislada. Por esa razón no fue difícil la conclusión de un Acuerdo entre los Tres Emperadores (Guillermo I, Francisco José y Alejandro III) sobre la base del respeto a los recientes compromisos sobre los Balcanes y de una promesa de neutralidad que no contradecía formalmente a la Dúplice. Alemania se aseguraba de que Rusia no apoyaría a Francia y Rusia se garantizaba que Austria no ayudaría a Inglaterra.

La segunda pieza se estableció en 1882 y fue la Triple Alianza, que asoció a Alemania, Austria-Hungría e Italia. La iniciativa fue italiana: pretendía el apoyo alemán para fortalecer su posición frente a Francia; pero Bismarck no aceptó una negociación en la que no participase Austria, por lo que intentó neutralizar el rencor y las reivindicaciones italianas. El *Canciller de Hierro* consideraba que Austria-Hungría e Italia sólo podían ser aliadas o enemigas; por eso trenzó un tratado de los tres países, por cinco años, que se renovaría hasta 1914. La Triple Alianza fue, por tanto, un acuerdo antifrancés que comprometía a italianos y alemanes, completado con la promesa de neutralidad italiana en caso de conflicto austro-ruso.

Por otro lado, Bismarck mantenía su compromiso con Rusia por el Tratado de Reaseguro: a cambio de la neutralidad rusa en la guerra franco-alemana, Bismarck prometió apoyo a las aspiraciones rusas en Bulgaria y los Estrechos. En realidad, Bismarck favorecía a Austria a costa de Rusia, aunque su habilidad diplomática le permitiese rehacer, una y otra vez, el lazo que mantenía con Rusia. Sin embargo, desde 1887, el zar

tenía un importante motivo de disgusto: la Bolsa de Berlín rechazaba el crédito solicitado para abordar su equipamiento militar y ferroviario. Si al agravio se añade el acercamiento de Alemania a Inglaterra, en 1889, se entenderá que San Petersburgo quisiera renovar el Tratado de Reaseguro sobre bases más firmes.

Estas contradicciones y las complicaciones consiguientes, ocasionaron la caída de Bismarck, en 1890, al comienzo del reinado de Guillermo II. El nuevo Kaiser creía que era políticamente imposible el acercamiento de Rusia a la República Francesa, por lo que no renovó el Tratado de Reaseguro.

Francia rompe su aislamiento

Esa medida inquietó a Alejandro III que, hasta entonces, había rechazado los intentos de acercamiento realizados por Francia, pues no quería compromisos con un régimen liberal y republicano por el que sentía "desprecio" y "asco", ni oír hablar de sus intereses revanchistas en el Rin. Pero el deterioro de sus relaciones con Alemania y su temor ante el acercamiento de Londres y Berlín, favoreció la aproximación del zar a París, impulsada por la buena acogida que la demanda rusa de capitales tuvo en la Bolsa parisina. En 1891, Rusia y Francia entablaron un acuerdo reducido a meras consultas en caso de crisis.

El Gobierno francés insistió en su deseo de firmar un acuerdo militar y logró, en 1892, un tratado defensivo frente a la Triple Alianza, que ni permitía la revancha francesa, ni una acción de fuerza rusa en el Bósforo y los Dardanelos. Esta limitación llenó de dudas al zar Alejandro III, pese a lo cual firmó –tragándose la opinión de su heredero, Nicolás: "¡Dios nos guarde de una alianza con Francia!"– porque la política del Kaiser le inspiraba gran preocupación.

Nadie heredó la maestría diplomática de Bismarck en el tablero diplomático. Guillermo II, que siguió muy de cerca las cuestiones internacionales y que aprovechó sus relaciones amistosas con su primo, el influenciable zar Nicolás II, fue más impulsivo que clarividente; su canciller, Bernhard von Bülow, no fue hombre de previsiones a largo plazo y su eminencia gris, Friedrich von Holstein, que inspiró durante mucho tiempo la política exterior alemana, no se distinguió por su perspicacia.

Eduardo VII de Inglaterra y Guillermo II de Alemania. El acercamiento formal entre ambos países, aunque les separase una gran desconfianza, inquietaba profundamente a Rusia.

Para que Alemania siguiera dominando Europa, Guillermo II intentó debilitar la alianza franco-rusa. Su política suponía una mundialización de la estrategia, que pasaba por el control de África central y por la adquisición de zonas de influencia. Para conseguirlo, en un mundo ya repartido, se dedicó a entrometerse en toda cuestión susceptible de modificar las diversas situaciones establecidas y, luego, exigir compensaciones. Eso alarmó a todas las potencias.

Mientras tanto, las monarquías habían ido aceptando a la República Francesa. En París recibían cordialísimamente a los soberanos que la visitaban. Dentro de Francia, la idea de la revancha se debilitaba e, incluso, algunos pensaban en un acercamiento a Alemania, mientras la mayoría rechazaba toda negociación con el enemigo histórico. Ningún francés estaba dispuesto a renunciar definitivamente a Alsacia-Lorena.

Las iniciativas que fortalecieron la posición de Francia en el sistema internacional fueron obra de Théophile Delcassé, ministro de Asuntos Exteriores de París desde 1898 a 1905. En respuesta al acercamiento anglo-alemán, Delcassé reforzó la alianza franco-rusa: Francia se convirtió en garante del *statu quo* balcánico y los dos aliados se comprometieron a cooperar militarmente en caso de conflicto con los británicos.

Paralelamente, también se aproximaron Italia y Francia. Roma obtuvo créditos franceses y garantías de que Tripolitania sería italiana y, en 1902, un acuerdo secreto comprometió la neutralidad italiana incluso si Francia atacaba a Alemania como respuesta a una provocación directa. La Triple Alianza quedaba desactivada; sólo tenían verdadero valor los compromisos entre Berlín y Viena.

Las nacionalidades minoritarias estaban en ebullición por todas partes. En los Balcanes, los pequeños Estados, y los cristianos que vivían bajo la autoridad turca, socavaban los cimientos del Imperio Otomano y tramaban su reparto. Pero la marcha de los acontecimientos también debilitaba la influencia

Avispero balcánico

El conflicto de los Balcanes, con momentos de alta tensión internacional en 1908 y 1909 y con dos guerras abiertas en 1912-13 y 1913 se deriva de la descomposición del Imperio Otomano, que había dominado toda la región desde la edad media y de los intereses territoriales, étnicos e históricos de todos los países limítrofes y, en general, con escasa historia independiente. En las tensiones de 1908-09 se debatió el futuro de Bosnia-Herzegovina, disputado por Austria-Hungría y Serbia. El Imperio terminó adjudicándose el territorio gracias a las presiones alemanas; Servia, que esperaba mayor apoyo ruso, tuvo que ceder a cambio de algunas concesiones económicas.

En las guerras de 1912-13, Italia venció a Turquía en el norte de África, adjudicándose Tripolitania y Cirenaica (Libia). Aprovechándose de la debilidad otomana, Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro le declararon la guerra, disputándole Macedonia, parte de Tracia y otros territorios adyacentes. Pero, vencida Turquía, quedó la pelea de los vencedores por el reparto del botín, un territorio poblado por serbios, búlgaros, griegos, cíngaros, armenios, que hablaban varias lenguas y profesaban religiones cristianas de diversa obediencia, a parte de musulmanes y judíos.

Esa disputa prolongó la guerra a 1913, tan mal solucionada que todos volvieron a las armas en verano: los búlgaros en busca de una salida al Mediterráneo; Serbia con demandas contra Bulgaria; Rumania se incorporaba a la rebatiña, exigiendo territorios danubianos a costa de Bulgaria... y, como se ve en el gráfico, los Imperios austro-húngaro y ruso, a lo suyo: Viena a proteger sus intereses en Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina frente a Serbia y Rusia, en apoyo de las pretensiones eslavas en los Balcanes y, directamente, en busca de una salida al Mediterráneo por los Estrechos del Bósforo. Tantos intereses quedaron insatisfechos que, en 1914, todos tenían las armas listas para volverse a medir.

austro-húngara en la región e, incluso, podía comprometer su misma supervivencia. Para controlar la situación, el Gobierno de Viena no contaba más que con el apoyo alemán.

Intereses mandan

A partir de 1902, Delcassé abrió distancias con Alemania. Por un lado, rechazó sus peticiones de capital para abordar la construcción del ferrocarril Constantinopla-Bagdad; por otro, para enraizar sus intereses en Marruecos, Delcassé buscó un acuerdo con Inglaterra. Los británicos dudaron, pero el fracaso de las negociaciones con Alemania y el incremento de la competencia comercial y naval del II Reich se unieron a la sensación de fragilidad provocada por la guerra de los bóers. Finalmente, en 1904, París y Londres se apoyaron en sus mutuos intereses: manos libres para Francia en Marruecos y lo mismo para los británicos en Egipto. La seguridad británica en el estrecho de Gibraltar quedó garantizada por la aceptación española de una zona de influencia que separaría el Marruecos francés de la colonia británica. No era una alianza, pero eliminaba sus fricciones, favoreciendo la posterior Entente Cordial.

En la formación, a partir de ese momento, de la Triple Entente y de un sistema internacional bipolar –Triple Entente frente a Triple Alianza– tuvieron mucho que ver las convulsiones de principios de siglo. El ataque japonés contra Port Arthur, en 1904 y la sorprendente derrota rusa de 1905, debilitaron al Imperio de Nicolás II y el estallido de la revolución en San Petersburgo aún empeoró su situación.

El kaiser Guillermo II trató de pescar en las turbias aguas del momento y desencadenó la crisis marroquí de 1905 con objeto de resaltar la soledad e impotencia de Francia. Sin embargo, la arriesgada jugada alemana será contraproducente. Gran Bretaña, consciente de que sus intereses eran contrarios a cualquier aprovechamiento alemán de la debilidad rusa, apoyó a Francia y se acercó a Rusia.

La crisis de 1905 facilitó los esfuerzos de París para acercar las posiciones de rusos y británicos. Inglaterra deseaba concluir con Rusia un acuerdo similar al de 1904 con Francia para cerrar, definitivamente, el camino a una alianza continental antibritánica, y en 1907, los dos países firmaron un acuerdo que repartió Afganistán, Tíbet y Persia en zonas de influencia. La Alianza Franco-Rusa y la Entente Cordial se combinaban en la Triple Entente, con la que mantendrían compromisos Japón, Italia y España. Aunque no fueran todavía rígidos, existían

dos bloques de poder que se vigilaban con desconfianza.

Hasta 1914, la situación europea se fue degradando a causa de un enjambre de tensiones y agresiones, fundamentalmente de origen balcánico. Ya lo había pronosticado Bismarck en 1897, un año antes de su muerte: "Un día la gran guerra europea estallará a causa de alguna maldita estupidez en los Balcanes". Tenía razón: allí se dieron cita los intereses austro-húngaros y rusos, el respaldo alemán a su aliada, la debilidad de Turquía, los intereses expansivos de Albania... Y todos, temiéndose mutuamente, iniciaron un rearme acelerado. En esa carrera se implicaron, también, Alemania, Francia y Gran Bretaña, enfrentados en la crisis marroquí de 1911.

Por si era poco, Italia se implicaba en la tensión generalizada con su decisión de instalarse en Tripolitania y Cirenaica, a costa del *Enfermo de Europa*, el Imperio Otomano. Y al olor de la carroña volaron Serbia, Bulgaria y Grecia, apoyadas por Rusia. Las consecuencias de la derrota turca asustaron a las potencias, que favorecieron un compromiso y la independencia de Albania. En 1913 se desató una segunda guerra balcánica cuando Bulgaria atacó a Serbia y a Grecia por el control de Macedonia y cuando Rumania atacó a Bulgaria por el control de Dobrudya.

Tambores de guerra

Y mientras todos andaban a la greña en los Balcanes, la rivalidad anglo-germana se incrementaba bajo el impacto de la competencia comercial y naval. Los alemanes estaban construyendo una amenazadora flota de acorazados y el Gobierno liberal británico trató de frenar la carrera naval, pues prefería invertir su coste en las reformas sociales que había emprendido, pero fracasó ante la exigencia alemana de compensaciones sustanciosas o un acuerdo de neutralidad, que Londres no aceptó.

En 1913 se aceleró la carrera armamentística y los Gobiernos la justificaban insistiendo en la proximidad de un conflicto general. Al tiempo, ambos bloques fortalecieron sus compromisos y los Estados mayores fijaron los detalles de su cooperación militar. A comienzos de 1914, la paz pendía de un hilo. En estas circunstancias, todos suponían que la firmeza era el mejor medio para frenar al adversario y que el apoyo total al aliado era la única forma de no perderlo.

Una de las muestras del progreso industrial alemán y de su amenazador desarrollo armamentístico: vista de las industrias Krupp en Essen, en 1914.

La Caperucita francesa y el lobo alemán. Bismarck consiguió aislar a Francia; Guillermo II intentó lo mismo, pero descuidó los compromisos con Rusia (postal francesa de la época).

Alemania temía el incremento del ejército ruso y consideraba vital impedir el hundimiento de Austria-Hungría.

Rusia no quería abordar las necesarias reformas sociales antes de fortalecer su ejército y disponer de una red ferroviaria que cubriera todo el Imperio. Tampoco estaba dispuesta a ceder en los Balcanes, como había hecho en 1909, pues otro retroceso liquidaría su influencia sobre los eslavos del sur y daría carpetazo al sueño del acceso al Mediterráneo por el Bósforo y Dardanelos.

Francia no estaba dispuesta a hacer más concesiones a Alemania, después del trágala de 1911, en la crisis marroquí. París no pretendía una guerra de revancha, pero creía inevitable un nuevo choque con Berlín y fiaba sus esperanzas de victoria en el apoyo ruso. Por eso, Francia potenció su alianza con Rusia y se comprometió directamente en los Balcanes.

La agitación de los eslavos del sur, sobre los que ejercía una progresiva influencia Serbia –cada vez más rusófila, ambiciosa e influyente– suponía una amenaza mortal para el Imperio, contestado, también, por liberales y socialistas.

Frente a las tendencias belicistas, los contrapesos pacifistas resultarían insuficientes. El recurso a alianzas cada vez más estrechas y a crisis cada vez más duras arruinó los mecanismos de la diplomacia del concierto. Tampoco fueron freno suficiente los intereses económicos de las potencias, ni la actitud de los socialistas, que habían condenado la guerra y sostenido la idea de que los intereses de clase unían a los obreros por encima de las fronteras de los Estados burgueses. Al día siguiente de la declaración de guerra, la mayoría corrió a alistarse. ■

Magnicidio en Sarajevo
EL PRETEXTO

El asesinato del archiduque Francisco Fernando sólo fue la chispa y el pretexto para una confrontación que mil otros factores propiciaban. **Julio Gil Pecharromán** desgrana los problemas que agitaban Europa: nacionalismo, confrontación social, competencia comercial, carrera armamentística...

Al comenzar el verano de 1914, Europa vivía el esplendor de la *Belle Époque*. Nunca habían gozado sus habitantes de una mejor calidad de vida, de mayores libertades individuales y colectivas, de una economía tan próspera, de un optimismo tan abrumador ante los avances materiales de la ciencia y los progresos del espíritu humano. Había, ciertamente, desigualdades sociales, injusticia y explotación, incluso miseria en las capas menos favorecidas de la población. Y todo ello se traducía en conflictos sociales y políticos. Pero el orgullo de poseer una civilización superior a todas, de profesar la religión verdadera, de ser moralmente superiores, estaba muy presente en los europeos y animaba su afán de dominar y colonizar otros espacios planetarios. Desde luego, para explotar sus recursos económicos y disfrutar de su mano de obra esclavizada, pero también –eso creía firmemente la mayoría– para llevar a los pueblos subyugados las luminarias de la civilización y del progreso y el consuelo de la fe cristiana.

En casa, una paz continental que duraba ya casi medio siglo, estorbada tan sólo por los recurrentes y localizados conflictos balcánicos, servía de base a la convivencia de las pequeñas y grandes potencias, desconfiando, sin embargo, unas de otras, y refugiadas en el egoísmo nacional, en igual o mayor medida que orgullosas de los valores civilizadores comunes.

Julio Gil Pecharromán es profesor de Historia Contemporánea, UNED, Madrid.

Cartel anunciador del metro de Londres, 1910. Una imagen del progreso y la prosperidad alcanzados por Europa.

Y, súbitamente, todo estalló en mil pedazos. En agosto de 1914, el foco balcánico mostró su capacidad para desestabilizar a aquella Europa desunida y conducirla al abismo. Un diabólico juego de carambolas sumió al continente en el horror de la Gran Guerra. Y durante casi cinco años las pautas culturales, los avances científicos, la riqueza material, la verdad religiosa... se pusieron al servicio de la devastación y de la muerte. Enfrentada a sus propias e insalvables contradicciones, Europa se mostraba dispuesta al suicidio.

La Europa de 1914 era hija de la revolución industrial y de las revoluciones nacional-liberales que habían sacudido el continente desde finales del siglo XVIII. De aquellos procesos habían surgido el concepto de la Nación-Estado, los regímenes parlamentarios y el sistema liberal de economía capitalista. Pero todo ello se había desarrollado estorbado por ensayos frustrados, errores de novicio y las lógicas resistencias de las estructuras que había que sustituir. El resultado era que, por debajo de un consenso muy extendido sobre las virtudes generales del nuevo orden liberal, el éxito en la aplicación de la tríada nacionalismo-democracia-capitalismo industrial había sido muy desigual en los distintos países, condicionado por las bases de partida y la calidad de las resistencias opuestas en cada uno.

Estados y naciones

En cuanto a la vinculación de Estado y nación, el camino estaba a medio andar. Pero lo ya visto demostraba que los pueblos del continente veían en la consecución de un fuerte Estado étnico la quintaesencia del determinismo histórico. Europa, un microcosmos de pueblos con lenguas, costumbres y tradiciones históricas muy diversas, se encontraba en una peculiar coyuntura en la que pugnaban tres modelos de estatismo:

– El de los viejos imperios de carácter multinacional, Rusia, Austria-Hungría y Turquía, cuya pervivencia, cada vez más precaria, se basaba en la fidelidad a la dinastía reinante, en la solidaridad entre

Imagen típica de la ***Belle Époque*** en Londres, en agosto de 1914. Nunca Europa había alcanzado tanta prosperidad, libertad, cultura y optimismo.

los sectores privilegiados y en el poder y eficacia de la burocracia civil y militar que sostenía al Estado.

– El de los Estados nacionales, de estructura unitaria o federal, establecidos bajo el principio de la soberanía de una comunidad étnica o histórica. En algunos casos, su creación se remontaba a los tipos medievales –Portugal, Francia, Suiza– mientras que en otros, como Alemania e Italia, obedecía a recientes procesos de unificación interna o, por el contrario, al triunfo de movimientos separatistas de carácter étnico o religioso, como sucedía con los jóvenes Estados balcánicos. Un hecho fundamental era que varios de estos países tenían fuera de sus fronteras a una parte de su comunidad étnica. Era el caso de los serbios de Bosnia y de Croacia, de los rumanos de Transilvania, de los italianos de Istria y del Tirol meridional. La política de reunificación alentada por estos Estados-nación promovía roces continuos con los países vecinos y fue elemento fundamental a la hora de definir su implicación en la Gran Guerra.

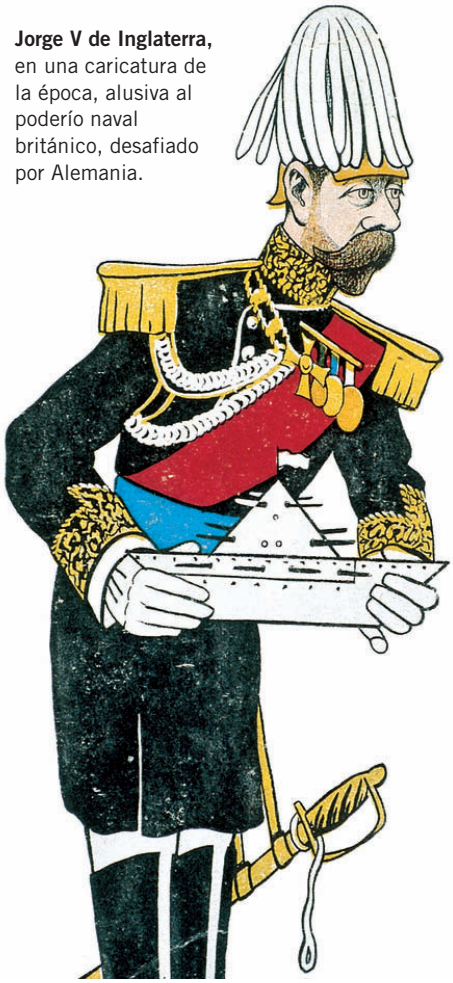
– El de las etnias sin Estado propio. La llamada *Primavera de los Pueblos* había animado, desde mediados del siglo XIX, decenas de movimientos nacionalistas entre las minorías étnicas. Procesos culturales en su origen, dedicados a la recuperación de tradiciones literarias e históricas y a la fijación escrita de las adulteradas lenguas populares, estos

nacionalismos derivaron hacia las reivindicaciones políticas, que perseguían un alto grado de autonomía en el seno de los Estados o, directamente, la independencia. Hacia 1914, el grado de concienciación nacionalista era muy alto en varios de estos grupos, algunos de los cuales –irlandeses, checos, polacos– implicaban a casi toda la comunidad en la lucha por la soberanía, pero sus posibilidades de lograr la independencia eran remotas. Sería la Primera Guerra Mundial, y sus secuelas revolucionarias, las que dieran un brusco giro a este panorama.

El orden liberal

Las revoluciones políticas y sociales de la primera mitad del siglo XIX habían extendido por Europa las doctrinas del constitucionalismo liberal. A comienzos del XX, este modelo había triunfado en todo el continente, aportando a los sistemas políticos principios democratizadores, como la libertad de asociación y de expresión o el sufragio universal masculino. Tras la revolución rusa de 1905 y el triunfo del *Movimiento de los Jóvenes Turcos* en el Imperio Otomano, la soberanía nacional, el Estado de los ciudadanos, parecía haber triunfado en toda Europa de la mano de las Constituciones liberales y parlamentarias, garantizando el ejercicio de los derechos cívicos y el respeto a la voluntad popular.

Pero tanto los modelos constitucionales como su desarrollo práctico eran muy desiguales. Democracias consolidadas, como la británica o la francesa, convivían con sistemas autocráticos plenos de reminiscencias feudales, como el ruso y el turco, en los que la forzada aceptación de cartas constitucionales había sido un mero paréntesis entre dos reacciones. En el Imperio de los Habsburgo convivían dos sistemas políticos distintos: el relativamente liberal y federativo de la Cisleitania austríaca, en manos de la burguesía germana, checa y polaca, y el autoritario de la Trainsleitania húngara, férreamente controlado por la nobleza magiar. En el área mediterránea, países como España, Italia y Grecia pugnaban seriamente por modernizar sus estructuras sociales y económicas, pero desarrollaban un constitucionalismo liberal viciado por las malas prácticas electorales y las presiones de los poderes fácticos, encabezados por el Ejército y la Iglesia.



Jorge V de Inglaterra, en una caricatura de la época, alusiva al poderío naval británico, desafiado por Alemania.

No existía nada similar al actual Estado del bienestar. El desarrollo acelerado de las revoluciones industrial y agraria terminó con las estructuras de la sociedad estamental sin aportar un sistema de protección para las nuevas capas desfavorecidas. El proletariado rural de los braceros y el industrial, que se hacinaba en míseros suburbios, carecía de seguro de paro, cobertura sanitaria y pensiones. Las iglesias y organizaciones particulares seguían cubriendo, bajo el manto de *la caridad*, lo que debieran haber sido derechos ciudadanos.

Los más perjudicados por el orden liberal se habían asociado para reivindicar su parte en la prosperidad general. El movimiento obrero, coordinado por las Internacionales e inspirado por las distintas orientaciones de la ideología socialista, sostenía una batalla feroz y desigual contra las estructuras capitalistas. Algo habían logrado a costa de grandes sacrificios: desde los años ochenta del siglo XIX, la burguesía había introducido medidas proteccionistas para desactivar el potencial revolucionario de *la cuestión social*. La propia Iglesia católica se había implicado en ello, y a partir de la encíclica papal *Rerum Novarum* (1891) desarrolló un catolicismo social que preludiaba la actuación política de la democracia cristiana.

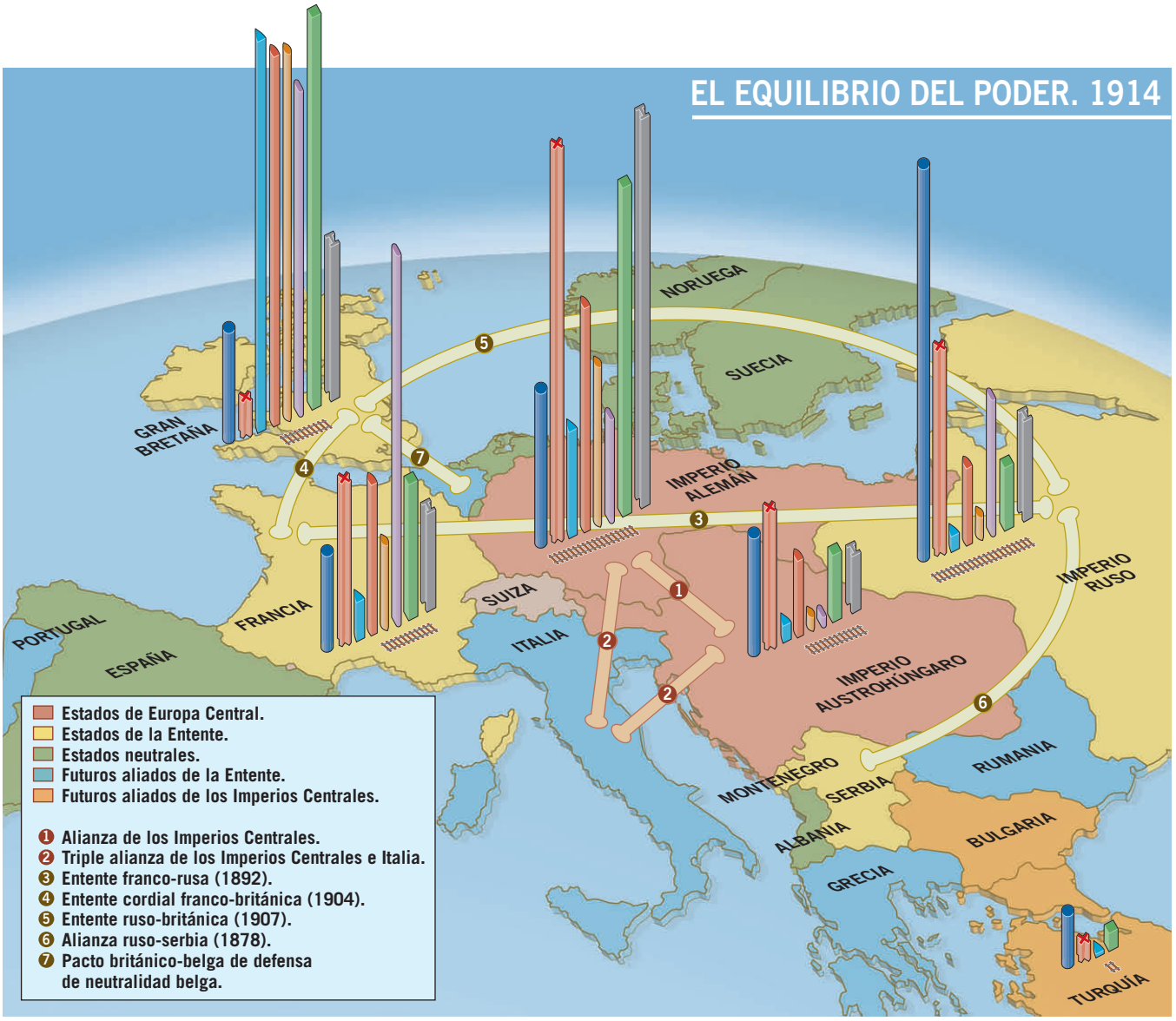
Nacionalismo, parlamentarismo y capitalismo liberal, los tres grandes principios revolucionarios, se habían impuesto en el continente un siglo después de su enunciación. Pero el triunfo había sembrado la semilla de nuevos, graves y acuciantes problemas en cuya resolución se jugaban la supervivencia las sociedades europeas.

Carrera armamentística

Un conflicto continental era una posibilidad tan presente en las previsiones de los Gobiernos que el rearme acelerado constituía desde hacía tiempo una prioridad económica y técnica para los responsables políticos y militares. La maquinaria bélica se había hecho cada vez más compleja y la carrera armamentista alimentaba una industria en continuo auge. Los Estados mayores mantenían al día los planes de ataque sobre sus vecinos, convencidos desde los tiempos del primer Napoleón de que la ofensiva fulminante y masiva, combinada con asedios y duros bombardeos a las plazas fuertes que se resistían, era la mejor manera de ganar rápidamente un conflicto, con el menor coste posible para el vencedor.

El rearme era una prioridad para las potencias, que aumentaron un 50 por 100 sus presupuestos militares entre 1900-1914

A comienzos del siglo XX, Alemania pasaba por ser la primera potencia militar del mundo. Durante décadas, su prioridad había sido evitar por medios diplomáticos que Francia recupera una posición dominante en la política europea y pusiera en peligro su seguridad. La Entente franco-rusa, que amenazaba con encerrar las fronteras del Reich en un círculo ceñido por sus adversarios, había cambiado las cosas. El gasto germano en armamento aumentó rápidamente: en 1900, suponía unos 40 millones de libras



	Gran Bretaña	Francia	Rusia	Alemania	Austria-Hungría	Turquía
Población	46.407.037	39.601.509	167.000.000	65.000.000	49.882.231	21.373.900
Soldados (tras la movilización)	711.000[1]	3.500.000	4.423.000	8.500.000	3.000.000	360.000
Flota mercante (tonelaje vapor)	11.538.000	1.098.000	(1913) 486.914	3.096.000	(1912) 559.784	(1911) 66.878
Acorazados	64	28	16	40	16	
Cruceros	121	34	14	57	12	
Submarinos	64	73	29	23	6	
Comercio exterior anual (en £)	1.223.152.000	424.000.000	190.247.000	1.030.380.000	198.712.000	67.472.000
Producción anual acero (tons.)	7.013.000	4.402.000	4.488.000	17.296.000	2.683.000	
Kilómetros via férrea	37.506	40.754	74.517	63.102	44.072	6.211

* Cada icono refleja la comparación de conceptos entre los países implicados.

1: Incluidas las colonias del Imperio.

esterlinas, y en 1914 ascendía a 60 millones. Frente a ello, Rusia, en vías de una rápida y complicada industrialización, luchaba por no quedar atrás, aunque partía de una posición más retrasada: con una inversión similar a la alemana en 1900, sus gastos alcanzaban los 89 millones de libras en 1914. Por su parte, Francia y Gran Bretaña también estaban embarcadas en esta espiral de gasto, que en vísperas de la Gran Guerra le suponía 75 millones anuales a la Hacienda británica y unos 50 a la francesa.

No obstante, el sentido de estas inversiones era muy dispar. Londres destinaba tradicionalmente grandes partidas a su Marina, consciente de su papel de primera potencia oceánica. Cuando, a partir de 1905, el Reich germano intentó convertirse en una gran potencia mundial rentabilizando su recién adquirido imperio colonial, e inició la construcción de una gran flota de guerra, el gasto naval alemán se disparó, en detrimento del Ejército, mientras que los británicos, con su programa de construcciones navales prácticamente terminado, aumentaban sus esfuerzos para modernizar las fuerzas terrestres. La Triple Entente incrementaba así su ventaja

global en armamento, frente a una Alemania a la que la alianza con Austria-Hungría reportaba más inconvenientes que ventajas.

Movilización general

Si la carrera de armamento era una gravosa factura para las sociedades europeas, aún más lo sería la movilización de sus ejércitos y el coste humano de la guerra. Pasado el tiempo de los ejércitos profesionales de tamaño reducido, la Revolución Francesa había abierto camino al servicio militar obligatorio, que se había extendido por todo el continente al calor de las nuevas doctrinas estratégicas. El servicio de las armas era, se entendía, un deber cívico para todos los varones jóvenes, y sólo su cumplimiento garantizaba la plenitud de los derechos individuales inherentes al constitucionalismo liberal. Por tanto, beneficiados por la prestación gratuita de sus ciudadanos, los Estados mantenían ejércitos regulares enormes en tiempos de paz, cuyo empleo en aventuras coloniales no estaba justificado.

En caso de guerra continental, sin embargo, tales ejércitos serían insuficientes para las operaciones previstas por los estrategas. De ahí que se exigiera a los varones con el servicio militar cumplido un esfuerzo suplementario: la reserva, que les convertía en movilizables forzosos hasta que alcanzaran la madurez. Buena parte de los planes de guerra de un Estado Mayor se dedicaba a prever la rápida movilización de los reservistas civiles, su concentración y avituallamiento y su rápido envío a los frentes. En el verano de 1914 las reservas humanas disponibles a corto plazo eran enormes: Alemania tenía previsto movilizar hasta ocho millones y medio de hombres; Rusia, cuatro millones y medio; Francia, un millón menos, y el Reino Unido, sin fronteras terrestres, más de setecientos mil combatientes.

Este carácter obligatorio del servicio militar y la eficacia lograda en las movilizaciones otorgaron a la Gran Guerra un carácter distinto a todas las anteriores: la mayoría de la población masculina europea se vio comprometida en el prolongado esfuerzo bélico. Cuando terminó el conflicto, un lustro después, sesenta y seis millones de habitantes de Europa y de sus colonias habían vestido el uniforme militar en los frentes o en la retaguardia, de los que más de ocho millones habían perdido la vida. Elevado precio que muchos habían estimado necesario pagar por los derechos ciudadanos tan duramente conquistados durante la anterior centuria.

Aparte de las armas convencionales, la industria militar comenzó a suministrar nuevas armas a los ejércitos: **globos, aviones y su antídoto: la artillería antiaérea** (postal alemana de comienzos de siglo).

El pretexto de Sarajevo

El atentado de Sarajevo fue la válvula de escape de enormes tensiones nacionales acumuladas. En un continente convulsionado desde hacía décadas por el terrorismo, fuese de origen anarquista o nacionalista, el asesinato de los archiduques austríacos constituyó un hecho excepcional, precisamente porque se le atribuyó el carácter de *casus belli*. Conforme a una dinámica interna de carácter imperial, Viena asignó el impulso criminal, sin pruebas ni paciencia para encontrarlas, a la débil e insumisa Serbia y se propuso conquistarla (algo parecido a lo sucedido en nuestros días con la invasión norteamericana de Iraq). Y el mundo pudo constatar, brusca pero no inesperadamente, cómo unos mecanismos muy complejos e imposibles de controlar transformaban en cuestión de días un incidente diplomático en una guerra de alcance planetario.

Esto constituía una novedad. Desde 1815, los conflictos armados europeos se habían circunscrito a zonas geográficas localizadas, y las potencias continentales habían aplicado rápidamente mecanismos para evitar su extensión. La opinión pública de cada país se había dividido y apasionado frente a la guerra franco-prusiana de 1870, o las guerras balcánicas de 1912-13, pero sin presiones que condujeran a su implicación en el conflicto.

En términos generales, los europeos no querían la guerra y dentro de las Internacionales obreras había amplios sectores sociales dispuestos a evitarla. Pero la voluntad de los Gobiernos y de los Estados mayores de no transigir y negociar cerró todos los caminos a la paz. Naturalmente, contaron con el apoyo de algunos sectores de la población para quienes la guerra, considerada inevitable, constituía una liberación de tensiones, como una saludable cruzada nacional frente a un enemigo tan odiado como escasamente perfilado. El ideólogo nacionalista francés Maurice Barrés lo expresaba claramente: "Incluso antes de que haya descargado su lluvia de sangre, la guerra, sólo con su cercanía, nos ha manifestado ya sus fuerzas regeneradoras. ¡Es una resurrección!...".

Casi un siglo después, los hechos políticos y diplomáticos que llevaron a la Gran Guerra pueden reconstruirse en su

práctica totalidad. Pero sigue abierto el debate sobre las causas profundas y las *culpas*. En su origen inmediato, resulta evidente que el conflicto austro-serbio nació de las tensiones desencadenadas por la comunidad étnica serbia, que trataba de reunir a todos sus miembros en un moderno Estado-nación.

Enfrente se topaba con el viejo Imperio confederal de los Habsburgo, en peligro de desmembración a causa de los enfrentamientos entre sus nacionalidades. Se trataba, pues, de un conflicto típico del siglo XIX entre las pervivencias estructurales del Antiguo Régimen y el impacto de las revoluciones nacional-liberales.

Todos culpables

Pero, fuera de esta causa primaria, lo sucedido tras el atentado de Sarajevo pone de relieve la importancia de otros factores. Como la rigidez de los bloques político-militares de la paz armada, que habían sustituido a los más flexibles sistemas bismarckianos. O la creciente influencia de los círculos belicistas, apoyados en cerriles discursos nacionalistas, tras los que se escondían con frecuencia vitales intereses económicos.

Fue en Alemania, de hecho, donde se decidió la acción punitiva contra Serbia, que, probablemente, el Gobierno austro-húngaro no hubiera iniciado sin el respaldo de su poderoso socio. Fueron los estados mayores, y los círculos belicistas que les amparaban, quienes persuadieron a los Gobiernos de Viena y Berlín para que aprovecharan la oportunidad que les otorgaba el provocativo ultimátum a Belgrado, cerrando la puerta a una eventual mediación que evitara el conflicto. El Reich no dudó, para consolidar el vacilante prestigio de su principal aliado, en afrontar el riesgo de una guerra general, esperando que conservara su carácter local.

Pero también es cierto que, por causas fundamentalmente de política interior, las potencias de la Triple Entente alimentaron la hoguera. Especialmente Rusia, donde la tradición de autocracia militarista y los reflejos de autodefensa llevaron a una prematura movilización general, que pudo ser presentada por Berlín como un acto agresivo. Los responsables franceses alegaron, después, que no querían la guerra, pero actuaron decididamente en apoyo de Rusia, en la confianza de contar con una opinión pública que seguía esperando el desquite por la humillación nacional de 1871. En cuanto a los ciudadanos británicos, posiblemente contó en su adhesión a la guerra menos su fidelidad a la alianza con Francia y Rusia que el horror ante el drama de la invasión alemana de Bélgica, que, además, disparó el secular miedo insular a que una gran potencia hostil controlara la otra orilla del Canal.

El estudiante serbio Gabrilo Princip asesina al archiduque Francisco-Fernando de Austria y a su esposa, Sofía, el domingo 28 de junio de 1914, en Sarajevo (ilustración de la época).

Parece indiscutible que Alemania tuvo una responsabilidad directa e inmediata en el desencadenamiento de la guerra, pero no cabe atribuirle la exclusiva. Las potencias reaccionaron de manera que sus respuestas se fueron acoplando unas a otras, hasta conformar una deriva tan rápida como inevitable hacia la conflagración general. En este sentido, sirve de poco señalar la presión de la opinión pública o la acción de tal o cual grupo de intereses sobre cada uno de los beligerantes y atribuirles un papel decisivo.

El verano de 1914 supuso, por encima de otras consideraciones, el triunfo de los nacionalismos como fenómenos culturales y políticos. Los Gobiernos europeos, forzados a elegir entre la guerra y la paz, se hallaron prisioneros de un pasado de conflictos, cuyos objetivos prioritarios eran la consolidación de una conciencia nacional y la defensa, o adquisición, de una base territorial definida por *fronteras étnicas*. Para cimentar estos logros, las elites nacionales no habían dejado de utilizar, a lo largo del siglo XIX, todos los recursos de la propaganda ideológica y de la justificación histórica, y de fomentar las más exaltadas pasiones colectivas y las más simplistas y manipuladas visiones del *otro*, del enemigo nacional, sin rostro y sin virtudes, al que aplastar en nombre del destino manifiesto de la nación.

La afirmación del orgullo nacional se manifestaba a través de demostraciones de fuerza militar. Desde la Península Ibérica hasta la inmensidad de la estepa rusa, a los ojos de las masas, los ejércitos eran los guardianes del honor patrio y los máximos exponentes de las virtudes raciales. Atrapados entre las amenazas del exterior y las reacciones chauvinistas de su opinión pública, ¿qué gobernantes habrían sido lo suficientemente osados para eludir la conflagración? Y aún más, ¿cómo hubiera podía evitarla una generación de estadistas formados en la convicción de que la guerra era un elemento útil para fortalecer la solidaridad nacional y la prosperidad del Estado?

Y así, en aquel mes de agosto de 1914, Europa entró en el siglo XX. ■

No se quiso la paz
¡A SANGRE Y FUEGO!

Austria, azuzada por los *halcones* alemanes, declaró la guerra a Serbia y Rusia, y sin consultar con Francia o Gran Bretaña, movilizó su ejército. DAVID SOLAR explica cómo las potencias corrieron impávidas hacia el precipicio universal, pensando que la victoria colmaría sus intereses

El 28 de junio de 1914, el estudiante serbio Gabrilo Princip le pegó dos tiros al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono del Imperio Austro-húngaro, en una calle de Sarajevo. Las casas reinantes en Rusia, Alemania y Gran Bretaña hubiesen entendido una represalia fulminante y brutal de Viena, pero Austria dejó enfriar el cadáver de su Archiduque. Lo que sucedió luego fue una cadena de errores y de irresponsabilidades que costó más de veinte millones de vidas y que arruinó Europa, privándola de su preeminencia mundial. Ocurrió así, entre otras mil cosas, porque aquella Europa en paz y bien alimentada, se aburría. Winston Churchill escribiría: "Satisfechas por la prosperidad material, las naciones se deslizaban impacientes hacia la guerra". Una guerra que todos esperaban ganar.

El conflicto se desencadenó con esta secuencia: Viena presentó un ultimátum a Belgrado el 23 de julio y le concedió cuarenta y ocho horas para responderlo; Serbia lo rechazó en parte el día 25 y Viena declaró la guerra a Serbia el 28. Rusia reaccionó con la movilización general y Alemania exigió que la desconvocara, amenazando con la guerra y, ante el rechazo ruso, ordenó su propia movilización general el 1 de agosto... Como si se tratara de piezas de dominó, uno tras otro, los países implicados en las alianzas irían introduciéndose en la contienda.

Europa marchaba alegre hacia la guerra. Hubo manifestaciones de júbilo en Moscú, en Viena, en Belgrado, en Londres, pero fue en Alemania y en Francia donde la alegría desbordó todo lo previsible. En 1914 hacía cuarenta y cuatro años que Alemania no entraba en combate. Dos generaciones de alemanes se habían dedicado a construir un poderoso país y muchos creyeron que era el momento de tener un poco de acción. Hitler escribiría años después: "No me avergüenzo de confesar que, presa de un entusiasmo irreprimible, caí de rodillas y agradecí al cielo que me hubiera permitido vivir semejante momento". El 2 de agosto de 1914 una gran multitud se manifestó en la Odeonplatz de Munich, ante el palacio Feldhern, para vitorear al rey Luis III de Baviera y celebrar la declaración de guerra hecha por Alemania a Rusia el día anterior. Allí estaba Hitler, tal como demuestra una foto tomada a la multitud. Con ayuda de una lupa se le puede distinguir, feliz y emocionado, entre la masa que le rodea.

Guerra universal, guerra total

Lo que no calculó ninguno de los que la desencadenaron es que el mundo entero iba a quedar involucrado en una catástrofe de magnitudes inimaginables. Inmediatamente comenzó a combatirse en el este y en el oeste, en África y en el mar... Y, en otoño, Turquía se añadió a la refriega, iniciando operaciones contra Rusia y Egipto. Y todo empeoraría a partir de 1915, cuando Italia declaró la guerra a Austria-Hungría; cuando los anglofranceses atacaron Turquía en los Dardanelos; cuando canadienses, sudafricanos, neozelandeses, australianos y tropas procedentes de todas las colonias británicas y francesas llegaron a Europa a pelear por sus metrópolis; cuando los árabes se lanzaron contra los turcos; cuando los submarinos alemanes

DAVID SOLAR es periodista y profesor de Relaciones Internacionales.

Una batería alemana de obuses, arrastrada por caballos, atraviesa Saint Julien en pleno invierno (por Paul Hey).

Los jefes de Estado de la Entente, en agosto de 1914: el zar Nicolás II, Jorge V de Inglaterra, Alberto I de Bélgica y Raymond Poincaré, presidente de Francia.

declararon la guerra a todos cuantos traficaran con sus enemigos y, finalmente, en 1917 cuando los norteamericanos declararon la guerra a la Alianza.

El conflicto fue total: todos lanzaron sus recursos humanos, económicos y tecnológicos a la lucha, que se libró fundamentalmente en tierra, pero también en el aire, en el mar y bajo el mar... Nada se libró de la guerra, tampoco las poblaciones civiles, acosadas por los bombardeos artilleros y aéreos, por la acción de los submarinos contra el tráfico de mercancías y pasajeros... Ni las minorías –armenios, kurdos, sirios, griegos– que, al socaire de la contienda, fueron diezmadas. Se supone que cerca de diez millones de soldados perecieron en el frente y más de doce millones de civiles, en la retaguardia.

Nuevas armas se emplearon para aniquilar al enemigo: gases, bombardeos y ametrallamientos aéreos, blindados, cañones de un alcance y calibre jamás antes empleado –el *Gran Berta* se labró una leyenda disparando sobre Lieja y París–, lanzallamas, ametralladoras –reinas de las trincheras y ruina de la caballería–, submarinos –terror de los mares...

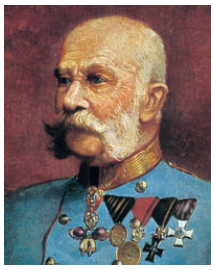
Aquel mortífero esfuerzo arruinó Europa. Dos viejos Imperios, el Austrohúngaro y el Otomano, se desintegraron y sus fragmentos se convirtieron en repúblicas, dando lugar a nuevas naciones: Austria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Iraq, Siria, Cisjordania... Y el Imperio ruso pasó a ser el soviético, tras la revolución bolchevique de 1917. Italia se transformó pronto en una dictadura fascista y Alemania, en república, primero, y en el Imperio nazi de Hitler quince años después.

Francia y Bélgica, arrasadas, comenzaron a fortificarse para la guerra siguiente; Gran Bretaña dejó de arbitrar la política mundial y empezaron a emancipársele sus territorios más britanizados: Canadá, Nueva Zelanda, Australia y

PROTAGONISTAS

Guillermo II de Alemania
Potsdam, 1859-Doorn, Países Bajos, 1941
Accedió al trono imperial en 1888. Impulsó la expansión colonial y marítima de su país y el desarrollo de las fuerzas armadas. Fue un elemento determinante del estallido de la Gran Guerra. En 1918 abdicó y partió hacia el exilio.

Francisco José I de Austria-Hungría
Schönbrunn, 1830-Viena, 1916
Emperador de Austria y rey de Hungría desde 1848, instauró una política autoritaria, apoyada en el ejército, la policía y la burocracia. Perdió las posesiones austríacas en Alemania e Italia y fracasó en su voluntad de unificar los diferentes pueblos de su Imperio, que se disgregó tras la derrota.



Mehmet V Resat
Constantinopla, 1844-1918
Trigésimo quinto y penúltimo sultán otomano, subió al trono en 1909, gracias a la victoria de los *Jóvenes Turcos* que depusieron a su hermano Abdulhamid II. Padeció las insurrecciones albanesas (1910-1911), el ataque de Italia (1911) y las guerras balcánicas, que fueron despedazando el Imperio. Murió poco antes del final de la guerra, ocaso de la Sublime Puerta.

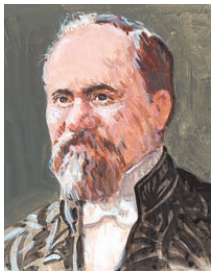
Nicolás II de Rusia
Tsarskoie Sielo, 1868- Yekaterinburg, 1918
Emperador desde 1894, durante su reinado –marcado por la defensa de sus prerrogativas autócratas frente al creciente poder revolucionario– Rusia tuvo un espectacular crecimiento demográfico e industrial. Entró en guerra por defender los intereses y compromisos rusos en los Balcanes. La derrota propició la victoria bolchevique y le costó la vida y la de toda su familia.

Jorge V de Gran Bretaña
Londres, 1865-Sandringham, 1936
Rey desde 1910, tuvo que hacer frente a numerosos problemas internos antes y después del conflicto. Entre ellos, una crisis constitucional que ayudó a superar, diversos contratiempos coloniales y económicos de la posguerra. Muy conservador, fue un estricto defensor de la política insular.

Pedro I de Serbia
Belgrado, 1844-1921
Rey de Serbia entre 1903 y 1918 y de los serbios, croatas y eslovenos entre 1918 y 1921. Impulsó la modernización del país, el crecimiento económico, la alfabetización y la democratización. Ambicioso y vencedor en las dos guerras balcánicas, constituía una amenaza tanto para Austria-Hungría como para Turquía.

Alberto I de Bélgica
Bruselas, 1875-Marche-les-Dames, 1934
Su defensa del país tras la invasión alemana de 1914 le convirtió en un héroe nacional –*El rey Caballero*–. Dirigió con acierto las operaciones militares, cerrando al invasor el camino en Dunkerque y en Calais. Tras el conflicto, su prestigio arbitró sin oposición todas las cuestiones importantes.

Raymond Poincaré
Bar-le-Duc, 1860-París, 1934
Diputado, senador, jefe de Gobierno en 1913, presidente de Francia, le tocó lidiar con la declaración de guerra a Alemania, frente a la que siempre había abogado por la *mano dura*. Desde 1914 fue el líder de la "Unión Sagrada de la patria francesa". Tras la guerra, volvió a formar gobierno (1922-1924 y 1926-1929), en un período marcado por los problemas económicos y las represalias contra Alemania.



Sudáfrica... Y en las restantes colonias de Gran Bretaña, Francia, Bélgica u Holanda, cuyos habitantes habían combatido en Europa junto con los soldados metropolitanos, surgió el nacionalismo y la aspiración de independencia.

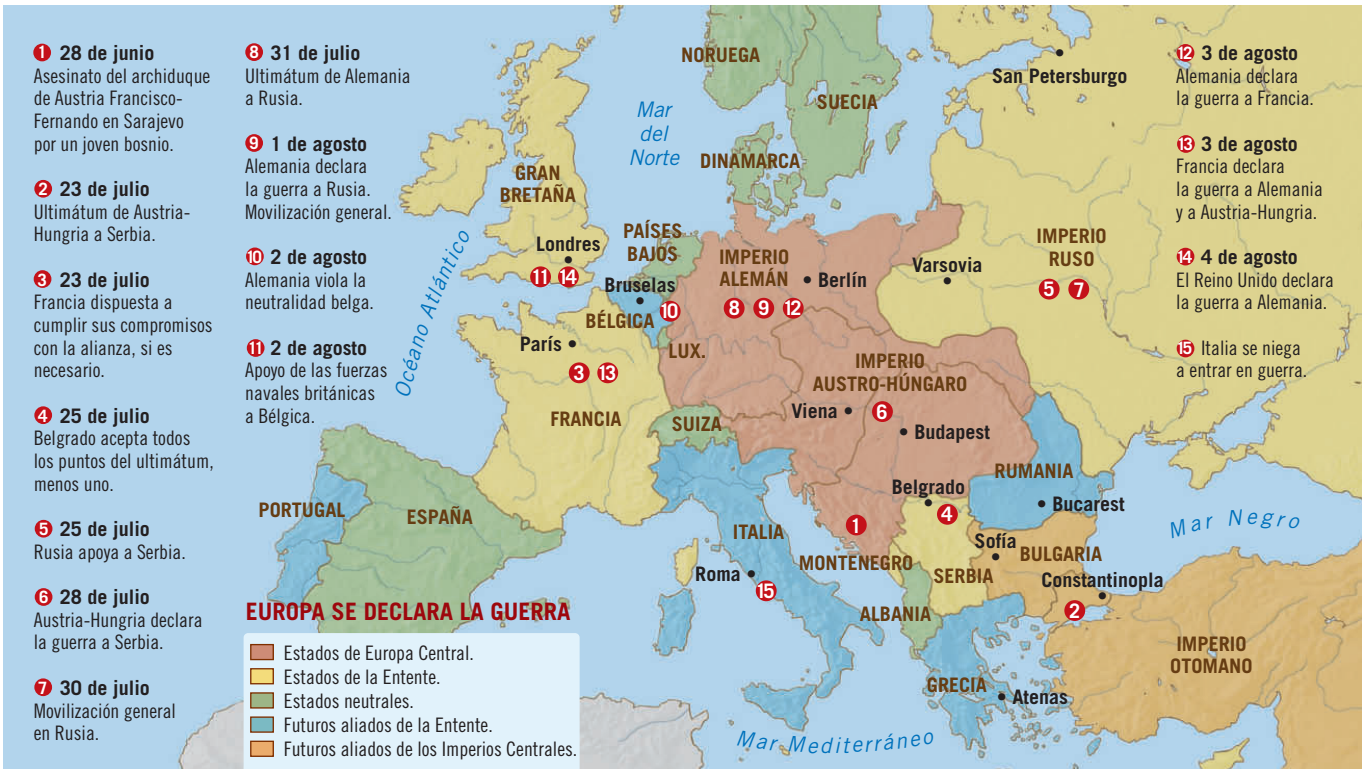
Y no sólo cambiaron las armas, las mentalidad y las fronteras, también la química, la medicina, la mecánica, las relaciones laborales, políticas y la moda... tras la guerra surgió un mundo nuevo, más libre y reivindicativo, tanto en lo social como en lo político.

Dios nos ayudará

Pero todo eso no podía intuirlo nadie cuando, a las 11 de la mañana del martes 28 de julio de 1914, Friedrich von Wiesner, ministro de Asuntos Exteriores de Austria, envió al primer ministro serbio, Nikola Pasich, la declaración de guerra por medio de un telegrama –era la primera vez que tal cosa ocurría–. El jefe del Gobierno serbio se hallaba almorzando en el restaurante del hotel Europa de Nis. Uno de los presentes narró el acontecimiento: "El comedor estaba atestado de comensales procedentes de Belgrado. Entre las doce y la una entró un mensajero y entregó algo al señor Pasich, que comía no lejos de mi, dos mesas más allá. Pasich leyó el mensaje que se le había entregado, y después se levantó y dijo, en medio de un silencio sepulcral: 'Austria nos ha declarado la guerra. Nuestra causa es justa. ¡Dios nos ayudará!'". Poco después de las tres de la tarde, dos buques fluviales austríacos abrían fuego sobre Belgrado.

Cuando la noticia llegó a las cancillerías de las grandes potencias no causó una alarma espectacular. Supusieron que todo quedaría en una ocupación temporal de Belgrado, que se resolvería mediante una negociación, por lo que adoptaron precauciones, sin llegar a la movilización general. Pero Rusia tenía otros problemas: su escasa infraestructura impedía una movilización parcial, por lo que estaba abocada a que sus *precauciones* respecto a Austria-Hungría se concretasen en una movilización general, so pena de quedar indefensos durante semanas frente a Alemania. El zar dudó veinticuatro horas, hasta que, sin consultar ni a París ni a Londres, firmó la movilización el día 29 por la tarde.

En aquellos momentos la movilización era tan compleja que resultaba muy difícil paralizarla sin quedar algún tiempo



indefenso; por eso, decir movilización general casi equivalía a la guerra. Eso es lo que sintió el jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke, sobrino del victorioso mariscal del siglo anterior. Al conocer la noticia pidió los planes militares elaborados años antes durante el mando del conde Alfred von Schlieffen y, al abrir la voluminosa carpeta, se encontró con que su ejército debía utilizar 11.000 trenes en su ofensiva contra el oeste y canalizarlos, a través del nudo ferroviario de Aquisgrán, hacia Bélgica.

Este pequeño país sería utilizado como camino de penetración hacia el sur, sorprendiendo a los franceses por un lugar donde no esperaban ser atacados. Contaba el Plan Schlieffen con derrotar a los franceses en cuestión de semanas y, entre tanto, un pequeño ejército entretendría a los rusos en el este, para contraatacarles con todas sus fuerzas una vez terminada la campaña de Francia.

Un mecanismo preciso y delicado, en el que cualquier torpeza impediría la victoria que, además, dependía de numerosos factores previstos favorablemente por el plan alemán. Para empezar, debía evitarse un colapso ferroviario. Por eso, cuando el Zar movilizó a su ejército, Moltke, dando por sentado que no se volvería atrás, cursó las disposiciones preliminares para la movilización general. En efecto, el 1 de agosto, Moscú declaró la guerra a Alemania y en Berlín se supuso que la guerra implicaba a los aliados de Rusia, por lo que el Kaiser se dispuso a firmar solemnemente la orden de movilización general. Pero aún no había estampado su firma cuando le presentaron un telegrama que garantizaba la neutralidad británica si Alemania no atacaba a Francia. Todos lanzaron un suspiro de alivio y, más que ninguno, Guillermo II, que, feliz, exclamó:

"¡Hay que celebrarlo con champán! Debemos parar la marcha hacia el Oeste".

Entonces se oyó, como saliendo de ultratumba, la voz de Moltke:

"Eso resulta ya imposible. Todo el ejército quedaría sumido en el caos".

Los ojos convergieron hacia el anciano general, que si habitualmente parecía enfermo, en aquel momento tenía la faz cadavérica y boqueaba como un pez fuera del agua. Todos entendieron que ya estaban en los andenes los primeros diez mil vagones, cargados de soldados y pertrechos. Volver todo aquello hacia el este dejaría a Alemania indefensa durante muchos días. En medio de un mortal silencio, el Kaiser tomó la pluma y firmó la movilización general.

La Entente representada en una postal francesa de 1915-16: Gran Bretaña, Japón, Bélgica, Francia, Italia, Rusia y Serbia.

La clave belga

Con todo, aún había tiempo para no ir a una confrontación general. El embajador alemán en París visitó, de inmediato, al primer ministro francés, René Viviani, al que exigió la promesa de la neutralidad francesa ante la guerra germano-rusa. Viviani, replicó displicente:

"Francia actuará de acuerdo a sus intereses".

Hasta el despacho de Viviani, que ostentaba, también, la cartera de Exteriores, llegaba la algarabía organizada en las calles por los entusiasmados manifestantes, con sus charangas e himnos patrióticos: "¡La revancha, al fin!". El día 3 de agosto, después de algunas fintas estúpidas, ambos países estaban en guerra.

En Londres lo pensaron mejor. Técnicamente, para el Reino Unido la Entente era un acuerdo de entendimiento,

amistad y apoyo diplomático, no una alianza militar. Por eso pidieron a los alemanes que no atacaran Francia, pero, incluso cuando vieron que la guerra germano-francesa era inevitable, trataron de no verse implicados, por lo que únicamente exigieron que la flota alemana se mantuviera lejos del Canal de la Mancha. Es decir, querían mantenerse neutrales, pero no consentirían amenazas, cosa que ocurriría si Bélgica era implicada en el conflicto. Desde época napoleónica, Gran Bretaña se oponía a cualquier hipotética amenaza instalada al otro lado del Canal. Por tanto, el Gobierno anunció el 2 de agosto:

"Cualquier violación sustancial de la neutralidad de Bélgica nos forzaría a intervenir en la guerra".

Era domingo. Los belgas disfrutaron del descanso festivo totalmente ajenos a que existía en el Estado mayor alemán un artero plan de operaciones que les implicaba en la contienda. Creían los belgas que la guerra les iba a llegar hasta la frontera, pero que nadie se atrevería a perturbar su neutralidad, sobre todo porque la protegía Gran Bretaña. La mayoría de los belgas pudo acostarse en paz aquel domingo 2 de agosto, no así su Gobierno, que se reunió en sesión de urgencia cerca de la medianoche: poco antes, Alemania había presentado una demanda de paso para sus tropas. Después de un angustioso debate, el gabinete rechazó la petición y adoptó las únicas medidas posibles: movilizar su ejército y pedir apoyo diplomático a Gran Bretaña.

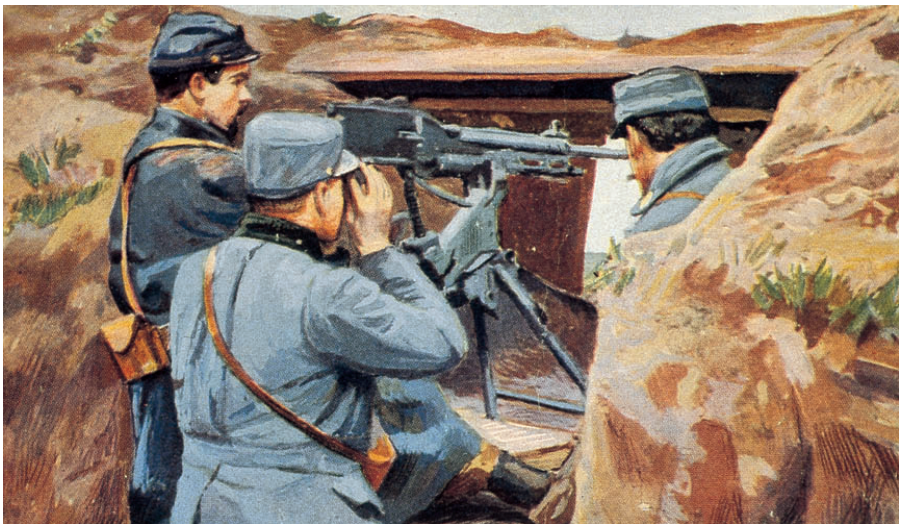
Alberto I de Bélgica en una postal española de la época, puesta en circulación en homenaje de la resistencia de Lieja ante los alemanes.

Gobierno y Comunes llegaron a un acuerdo de inmediato: al día siguiente, 3 de agosto, pedirían seria y cortésmente a Alemania que no tocara a Bélgica. Cuando el mensaje llegó a Berlín, las vanguardias germanas ya penetraban en Bélgica. El ministro británico de Exteriores, sir Edward Grey, replicó con un ultimátum si Alemania no respetaba la neutralidad de Bélgica... Como Berlín no ordenase la retirada de sus unidades de vanguardia, a las 23,15 horas de Grenwich, el Gobierno británico, presidido por Lord Asquith, declaró la guerra a Alemania... Luego, según pasaban los días, todos se fueron declarando mutuamente la guerra, mientras la maquinaria bélica, almacenada durante años, sembraba de muertos medio continente.

Europa empuñó el fusil

El 5 de agosto de 1914, el primer ejército alemán, mandado por Alexander von Kluck, atacó los fuertes de Lieja. La neutral Bélgica recibía el primer impacto de la guerra. Los alemanes advirtieron, con sorpresa, que las pequeñas y anticuadas fuerzas belgas tenían mayor entidad de lo que habían supuesto y que, instaladas en sus fortificaciones, ofrecían una tenaz resistencia. El Plan Schlieffen no había previsto el patriotismo de los soldados, ni la unidad de mando, encarnada con éxito por el rey Alberto, que, pese a su juventud, mostró valor y coherencia durante la lucha. Pero sus fortificaciones estaban obsoletas y las de Lieja, vitales para impedir el despliegue alemán, carecían de enlaces atrincherados, lo que permitió a los atacantes atravesar esas desprotegidas líneas durante la noche del 7 de agosto y apoderarse de la ciudad.

A la semana de haber comenzado la guerra, ésa era la única acción importante. Los implicados aún no habían terminado de intercambiarse sus declaraciones de beligerancia. Quizás todavía hubiera podido frenarse la conflagración, pero la diplomacia ya no buscaba soluciones pacíficas y en aquellos momentos se afanaba en rebañar el plato continental de las alianzas: Turquía, aunque no entró en guerra hasta el otoño, se había unido secretamente a la Triple Alianza a comienzos de agosto; sin embargo, esta Alianza se había quedado en "doble" porque Italia renunció a intervenir, chalaneando con uno y otro bando hasta que, en la primavera de 1915, se decantó por la Entente, tras las grandes promesas que le brindó el Tratado de Londres (26 de abril). Bulgaria, Rumania y Grecia tenían el corazón partido y lo que, al final, les decidió fueron las compensaciones territoriales que uno y otro bando les prometieron: así se inmiscuyeron en la Gran Guerra los problemas no resueltos por las guerras balcánicas. Bulgaria se integraría en la Alianza, Grecia, en la Entente y Bulgaria sería ocupada por Alemania.



Ametralladora francesa al inicio de la guerra. Los franceses no habían desarrollado su doctrina sobre este arma, ni creían en las posiciones fijas; su táctica preferida era el ataque a ultranza.

Infantería y caballería alemanas dirigiéndose a sus posiciones en el frente de San Quintín, en agosto de 1914. Obsérvese el uniforme alemán, casi de camuflaje; su casco ha sido enfundado en tela del mismo color, para evitar que sus brillos orientaran la puntería enemiga (por C. Clark).

Guerra mundial

Fuera de Europa, aparte de las colonias de unos y otros, había dos gran potencias emergentes interesadas en la guerra: Japón y Estados Unidos. Tokio estaba tan impaciente por intervenir, en busca de los despojos alemanes en Asia y el Pacífico, que se puso a la cola de las declaraciones belicistas, esgrimiendo sus acuerdos con Londres y, aunque Gran Bretaña intentó mantenerle alejado del conflicto, el 15 de agosto declaró la guerra a Berlín y se apoderó de todos los territorios orientales donde ondeara la bandera del Reich. Su intervención sería de escasa significación en la Gran Guerra, salvo porque su alineamiento con la Entente liberó a Rusia de retener fuerzas importantes en sus fronteras asiáticas.

El caso norteamericano sería muy diferente. Mantenía una tradicional postura de neutralidad, que se apresuró a confirmar en cuanto se inició el conflicto. Por convicciones, por estrategia o porque no tenía más remedio si quería evitar el desgarramiento interno –un tercio de los norteamericanos había nacido en el extranjero o eran hijos de extranjeros, y sus tendencias en favor de uno u otro bando estaban bastante equilibradas– el presidente Woodrow Wilson, en su discurso del 18 de agosto, hizo un llamamiento patriótico a la neutralidad: "Cualquier hombre sincero, enamorado de la vida y del futuro de América no podrá actuar y hablar más que en favor de la neutralidad, es decir, con un espíritu de imparcialidad, de justicia y de amistad, con relación a las naciones hundidas en el dolor".

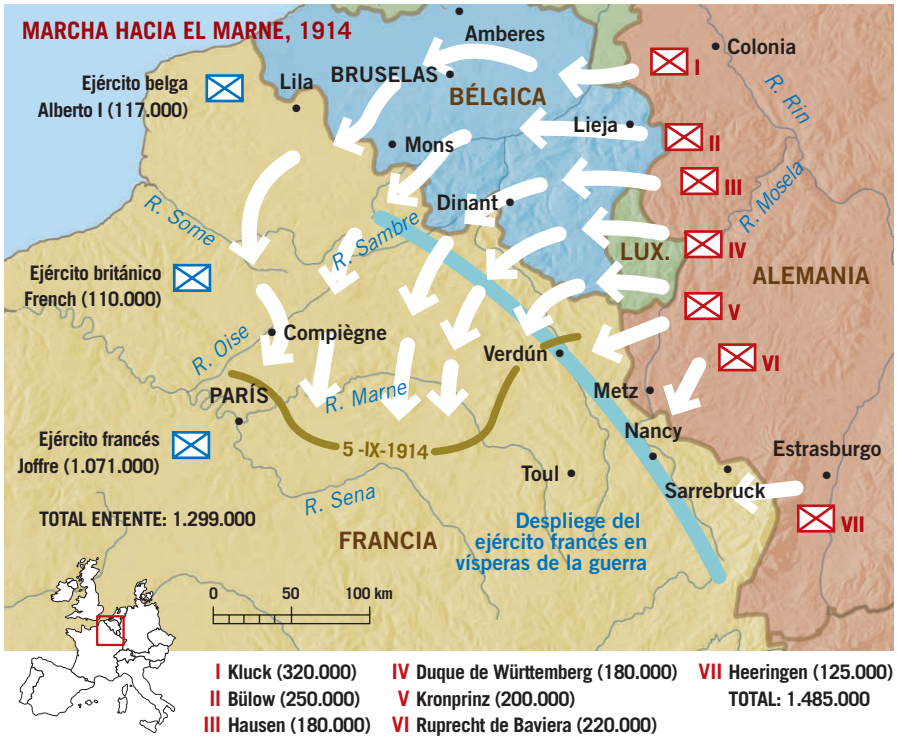
Sería una neutralidad activa, dispuesta a influir en la contienda política y humanitariamente –los diversos intentos de mediación y el famoso discurso "Paz sin Victoria" del presidente Wilson, muestran la doctrina de Washington al respecto–. No sería fácil su neutralidad, porque ambos beligerantes trataron de sacar ventaja: Gran Bretaña con su decisión de aplicar un bloque naval casi ilimitado no sólo a los enemigos, sino a los países que comerciaban con ellos; Alemania, con la declaración de una zona de exclusión de la navegación en torno a las Islas Británicas, en la que atacaría cuanto buque hallara, fuera cual fuese su pabellón, como ocurrió a numerosos mercantes e, incluso, de buques de pasajeros, como el *Lusitania* y el *Susex*, donde viajaban muchos norteamericanos –y españoles, como el músico Enrique Granados, que pereció junto a su esposa en el hundimiento del segundo de ellos, en 1916, cuando regresaba de Nueva York–. Aunque los británicos perjudicaban los intereses norteamericanos, la opinión pública aún era más sensible a los hundimientos y muertos causados por los alemanes y comenzó a exigir la declaración de guerra contra Alemania. Pero no adelantemos acontecimientos, porque esto último comenzó a ocurrir a finales de 1916.

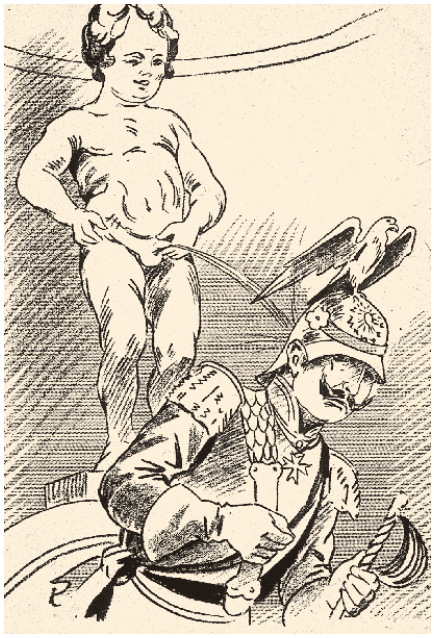
El presidente Wilson estableció una neutralidad activa, que permitió la mediación diplomática de los EE. UU.

El fracaso del Plan Schleiffen

El balance de fuerzas era bastante equilibrado: entre dos y tres millones de hombres adiestrados, armados y en sus puestos de combate a los ocho días de la apertura de hostilidades. Pero La Alianza, con mejores medios de comunicación, pudo tener más tropas en los puntos neurálgicos que la Entente. Otra ventaja germana era el Plan Schlieffen, que superaba con creces el dispositivo de defensa dispuesto por los franceses.

Y, también, era mejor su doctrina militar, basada en la guerra de movimientos protegidos por grandes pantallas de artillería y las concentraciones de ametralladoras en las operaciones defensivas. Francia, que aportaría el grueso de la infantería en el frente occidental, basaba su doctrina militar en el ataque a ultranza, en las grandes cargas a la bayoneta... "La victoria depende más del valor y la tenacidad que de la táctica", decían sus manuales militares. De ambas concepciones se desprende que los alemanes hubieran aligerado el equipo de sus soldados hasta los 26 kilos y les hubieran uniformado, con ropa gris oscura; los franceses llevaban un calzado





Emblema de Bruselas, **el Manneken-Pis riega al kaiser Guillermo II** (postal satírica francesa alusiva a la resistencia belga).

pesado, un equipo de 34 kilos y vistosos uniformes, con capotes azules y pantalones rojos, de grueso paño apropiados para el invierno.

Esos *detalles* conferían a los alemanes mejor *camuflaje y* mayor movilidad y les otorgaban una importante ventaja inicial, pero no tanta que compensara todos sus problemas: su avance por Bélgica, aunque rápido, no lo fue tanto como Berlín hubiera deseado, tanto que permitió la llegada de las fuerzas expedicionarias inglesas. Es decir, la resistencia belga permitió que la puerta de Francia –la amplia brecha del despliegue francés al oeste del río Oise– descubierta por el Plan Schlieffen, fuese parcialmente cerrada por los ingleses y los belgas. Eso enervó a los alemanes, que castigaron la resistencia belga con represalias brutales contra la población civil: Andenne, Tamines, Lovaina, Amberes... sufrieron centenares de fusilamientos, saqueos y destrucciones.

El Plan Schlieffen comenzaba a mostrar sus defectos. Pero el mayor de todos se llamaba Moltke, que a sus no muy brillantes cualidades estratégicas unía su enfermiza ancianidad. Cuando Kluck operaba con ventaja sobre las tropas expedicionarias inglesas, le retiró parte de sus fuerzas para trasladarlas al este. Es decir, había privado al Plan Schlieffen de su puño de hierro. Con todo, Kluck siguió avanzando y el 1 de septiembre atravesó el río Oise y los parisinos comenzaron a escuchar el fragor de la batalla que se desarrollaba a 45 km de distancia.

A su escasez de fuerzas unió Kluck una desobediencia y un gravísimo error: en su codicia por ser el primero en alcanzar París, abrió un portillo entre su I ejército y el II de Bülow, propiciando el contraataque francés. Mientras en Berlín le maldecían al advertir lo que estaba haciendo y trataban de corregir su posición, el generalísimo de las fuerzas francesas, Joseph Joffre, porfiaba con sir John French, jefe del cuerpo expedicionario británico, para que lanzara sus fuerzas por la brecha. Como el británico dudara, Joffre golpeó repetidamente la mesa, gritando: "¡Monsieur le Marechal, el honor de Inglaterra está en juego!". A lo que el británico, finalmente convencido, replicó: "Haré cuento pueda".

El contraataque franco-británico comenzó el 5 de septiembre y, tras una serie

Dos días después de llegar al frente, **Hindenburg atacó a los rusos en Tannenberg** y, entre el 26-29 de agosto, logró una extraordinaria victoria.

de escaramuzas, terminó el día 10: los alemanes se replegaron. Aunque las pérdidas no fueron muy importantes, los alemanes advirtieron el embrollo en el que se hallaban: fracasado el Plan Schlieffen, no habría victoria fulgurante en el oeste, por lo que se hallaban abocados a una guerra en dos frentes. En Berlín comenzaron a tomar medidas: Moltke fue sustituido por Erich von Falkenhayn y Kluck, licenciado, cuando se presentó la ocasión, en marzo de 1915, tras una leve herida.

El rodillo ruso

El este no era una prioridad en el Plan Schlieffen, tanto por lo poco que valoraba la rapidez del despliegue ruso como su organización. Los acontecimientos fueron diferentes que los planes teóricos. Primero, los rusos se habían adelantado en la orden de movilización, lo que les dio cuarenta y ocho horas de ventaja; segundo, los franceses, angustiados, urgían el comienzo de la ofensiva rusa, para descongestionar su frente. Esto último fue decisivo, pues, con apenas un tercio de su movilización realizada, los rusos pasaron a la ofensiva. Contaban con poco más de millón y medio de hombres, con escasa cobertura artillera y munición tasada, para hacer frente a poco más de la mitad de fuerzas, aunque más ágiles gracias a sus ferrocarriles y más potentes merced a su buena artillería.

Tampoco en este frente se cumplirían los presupuestos del Plan Schlieffen. En Prusia Oriental, los alemanes –unos 250.000 hombres– pudieron darles un auténtico repaso a los rusos, pero se precipitaron, propiciaron el contraataque ruso y perdieron los nervios, agobiando a Moltke con peticiones de refuerzos. Éste retiró cerca de cien mil hombres del ala derecha en Francia y envió a Prusia a Paul von Hindenburg –al que, a sus 67 años, sacó del retiro– como jefe del ejército y a Ludendorff, como jefe de su Estado Mayor. El 24 de agosto llegaron al frente y dos días después entablaban la batalla de Tannenberg, que concluía el día 29 con su aplastante victoria. Apenas una semana más tarde, caían sobre otro ejército en los Lagos Massurianos y en una semana de lucha lo desintegraron, causando cerca de 250.000 bajas a los rusos en ambas batallas. Prusia Oriental quedaba libre de amenazas.

Mientras los alemanes se imponían en la zona norte de ese amplio frente oriental, los austríacos se atragantaban en Galitzia, al sur de la Polonia rusa. Tras algunos éxitos iniciales, el dispositivo austro-húngaro se vino estrepitosamente abajo, perdiendo la mitad de todos sus efectivos e ingente cantidad de armamento. Del completo desastre le salvó la reacción de Hindenburg, que atacó a los rusos en dirección Lodz-Varsovia. Con sus pequeñas fuerzas no podía engullir un bocado tan grande, pero, al menos, logró estabilizar el frente, librar Alemania de la amenaza rusa y evitar el desplome austríaco.

Serbia enseña los dientes

Al anciano Francisco José se le estaban amargando sus últimos días, pues las noticias que llegaban del frente serbio no eran mejores que las de Galitzia. El Imperio siempre había considerado despectivamente a los serbios "pastores y porquerizos" y en agoto de 1914 se le brindaba la ocasión de terminar con su insolencia, su terrorismo y vengar el magnicidio de Sarajevo, que en Viena se atribuía directamente a Belgrado. Con 400.000 hombres, inició una ofensiva el general Oskar Potiorek, *el vengador*, amigo del archiduque asesinado, al que acompañaba el día del atentado. Los

El ejército austro-húngaro, pese a su superioridad armamentística, fue vencido tanto por los rusos como por los serbios

serbios apenas disponían de la mitad de fuerzas adiestradas; su movilización, echando mano de hasta los hombres de más de sesenta años, equilibraba el número, pero su armamento era heterogéneo y anticuado; disponían de pocas ametralladoras y de escasa artillería. Con todo, operaban en un terreno conocido y favorable a la defensa. Eso les permitió rechazar el ataque austro-húngaro e, incluso, hacer expediciones punitivas al otro lado de la frontera.

Esas audacias les fueron menos positivas. Los cañones húngaros aplastaron a los serbios junto al río Sava, mientras Potiorek perseguía a dos de sus divisiones que penetraron en Bosnia y marchaban hacia Sarajevo. Cuando todo parecía favorable a los serbios, cayó el mal tiempo y se hallaron aislados, sin reservas y obligados a retirarse. Potiorek inició, nuevamente, el contraataque y todo parecía a su favor: muchos serbios desertaron para tratar de auxiliar a sus familias; la tierra, cubierta de nieve, no ofrecía recurso alguno, mientras los austríacos se movían seguidos por trenes de suministros. Pero la confianza en la victoria perdió a los austríacos: quisieron brindar a su emperador la conquista de Belgrado en el 66 aniversario de su coronación, y suponiendo que se enfrentaban a bandas de guerrilleros y bandidos, avanzaron despreocupadamente. El 3 de diciembre, el anciano rey Pedro I de Serbia, tomó un viejo fusil y 40 cartuchos y se presentó en las líneas de trincheras que defendían el camino de Belgrado; su presencia galvanizó a la población que con todos los medios a su alcance contraatacaron y sorprendieron a los austríacos poniéndoles en fuga. El 15 de diciembre, el gobierno serbio, establecido en Nis, ofrecía este comunicado: "En todo el territorio del Gobierno serbio no queda ni un sólo soldado enemigo en libertad". ■

PARA SABER MÁS

Fusi, J. P., *Historia Universal, el siglo XX, I*, Madrid, Historia 16, 1997.

Miralles, R., *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*, Madrid, Síntesis, 1996.

Renouvin, P., *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1982.

Zorgbibe, C., *Historia de las relaciones internacionales. 1. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 1997.

Novedades en la Gran Guerra

Los reyes en el frente

Los reyes abandonaron sus palacios y se presentaron en las trincheras. A Pedro I de Serbia se le vio frecuentemente con sus tropas y, también, mezclado con la población civil, en las retiradas. La escena de los soberanos, levantando el ánimo de sus soldados en primera línea, fue frecuente: allí se pudo ver a Guillermo II de Alemania, a Jorge V de Inglaterra, a Alberto I de Bélgica, a Víctor Manuel III de Italia, a Constantino I de Grecia, a Francisco José de Austria... aunque éste era ya tan anciano que se conformó con despedir a sus tropas en Viena; el emperador de Austria-Hungría no vería su derrota ni la disgregación de su Imperio, pues falleció antes de que terminara la guerra. Y, en el frente estuvo, sobre todo, el zar Nicolás II de Rusia, que allí se encontraba cuando estallaron los sucesos revolucionarios que le costaron la corona.

Llegan los norteamericanos

Una de las novedades en la Gran Guerra fue la presencia de norteamericanos en los frentes europeos. Washington pretendió una *neutralidad activa* –sus industrias y mercados suministraban a los anglo-franceses– pero se vieron involucrados por el interés de muchos de ellos en participar; por la torpeza alemana al atacar sus buques de pasajeros y mercancías; por las presiones

Jorge V de Inglaterra visitó muchas veces a sus soldados. Aquí, seguido por el Príncipe de Gales, pasa revista a las tropas que van a ser enviadas al continente (por Matania).

Las mujeres en la guerra

La formidable movilización realizada por los países beligerantes convirtió a las mujeres en la primera fuerza de la retaguardia: fueron enfermeras -el 90 por 100 del personal de los hospitales– policías, oficinistas, conductoras de metro y autobús y, sobre todo, obreras en las fábricas. En 1918 trabajaban en Gran Bretaña 1.300.000 mujeres más que antes de la guerra, 700.000 de ellas ocupando puestos laborales que habían pertenecido a hombres, y otro tanto ocurría en Francia y Alemania. Sólo en Berlín y en la industria de uniformes militares trabajaban 25.000 obreras. En el campo, su trabajo fue vital para la supervivencia de todos. Su decisiva participación en la guerra constituyó un extraordinario avance en la lucha por la igualdad de derechos.

anglo-franceses para que lo hicieran, creando ficciones tales como el *telegrama Zimmermann* que proponía un ataque mexicano contra Estados Unidos... El envío de millón y medio de soldados a Europa resultó decisivo a partir del verano de 1918. Aquí dejaron su vida 114.000 de ellos y, también, las cepas de una gripe que causaría millones de muertos (ver "La Gripe española", *La Aventura de la Historia*, núm. 56.).

¡Alarma, gas!

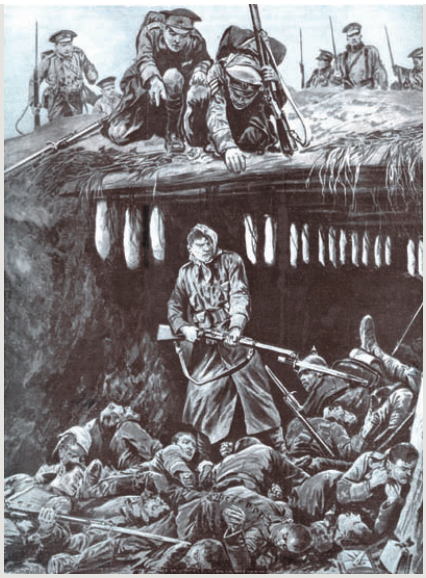
El 22 de abril de 1915, durante la batalla de Ypres, la artillería alemana comenzó a disparar granadas que no reventaban las trincheras, sino que despedían un humo amarillento... Era cloro... Dos divisiones aliadas se dispersaron, pero los militares germanos, tan sorprendidos por el resultado como los aliados, no aprovecharon la sorpresa. Cinco meses después, también los británicos comenzaron a emplear gases. Y se sucedieron los venenos: fosgeno, difosgeno, cloropicrina, ácido cianídrico, gas mostaza... Eran lacrimógenos, quemaban la piel y los pulmones, actuaban sobre el sistema central, paralizaban a los combatientes... Y, con ellos, se generalizó el empleo de máscaras antigás entre los combatientes. Su importancia psicológica fue enorme, su utilidad militar, pequeña.

Tanques y aviones

Una de las innovaciones de la guerra fue el empleo de aviones. Poco antes hubiera sido inimaginable que Alemania pudiera bombardear Inglaterra y, sin embargo, llegaron a realizar incursiones con 33 aparatos... escaso número, de cualquier forma, cuando contaba con unos 4.000 aparatos. Había escasa confianza en la aviación, aunque prestó importantes servicios de información y se convirtió en una especie de caballería volante para perseguir al enemigo en retirada. El tanque lo inventaron los ingleses para superar el fuego de las ametralladoras alemanas y debe su nombre al secreto de los fabricantes, que pedían *chapa para tanques* de agua o combustible. Fueron importantes en los primeros momentos, pero pasada la sorpresa se revelaron lentos, voluminosos, torpes en los enjambres de embudos de los campos de batalla y muy vulnerables ante el fuego de la artillería.

Las trincheras

La característica militar más llamativa de la Gran Guerra fueron las trincheras. Los alemanes pensaron que sería una veloz guerra de movimientos: desde el 5 de agosto de 1914 al 6 de septiembre avanzaron desde la frontera belga hasta el Marne, 250 kilómetros victoriosos que ponían París a su alcance. Ahí se paró la carrera y comenzó el espanto de las trincheras: durante cuatro años, millones de hombres combatieron como topos sobre un territorio de menos de 50.000 kilómetros cuadrados.



Soldados británicos toman una trinchera alemana, en la que han muerto todos sus defensores. Frente de Flandes, marzo, 1915.

Nunca antes ni después tan escasa porción de tierra fue regada por tanta sangre, golpeada por tanta metralla, cruzada por tantas trincheras... Los zapadores removieron más de 300 millones de metros cúbicos de tierra para excavar 200.000 kilómetros de trincheras... donde se enterraron cuatro millones de vidas.

La ingeniería de la lucha

Todos se protegieron con trincheras, parapetos, pasos desenfilados, túneles, refugios, blocaos, alambradas, obstáculos... Tal densidad de fortificaciones hizo poco eficaz el empleo de la artillería cuyos proyectiles, en altísimo porcentaje, sólo removían el terreno: ofensivas hubo, como en el Oise, en marzo de 1918, en que los alemanes dispararon con 6.000 cañones, durante cuatro horas y media, en un frente de 70 kilómetros... y les respondió el fuego de más de 3.000 piezas. Esa lluvia de metralla borraba las trincheras y causaba tantos y tan profundos embudos que era difícil caminar por el campo de batalla, sobre todo en días de lluvia: soldados hubo que se ahogaron en ellos... Imagínese el espanto de la infantería avanzando bajo la lluvia, hundiéndose en el barro hasta media pierna y atenta a no caer en un mortal embudo mientras las ametralladoras siegan sus filas.

Perra vida

La vida en las trincheras fue uno de los mayores espantos que soportaron los combatientes. Vivir mal alimentados, casi siempre mojados y embarrados, ateridos, enterrados en lugares reducidos y en una tierra tan fría y húmeda como el norte de Francia y el sur de Bélgica causó muchos millares de bajas debido a las gripes, pulmonías, tuberculosis, reuma y a todo tipo de enfermedades contagiosas propagadas por piojos, pulgas, ladillas y ratas... Las ratas, bien alimentadas de tanto cadáver insepulto y de tantos depósitos de víveres despanzurrados por la artillería, proliferaron a millones, convirtiéndose en uno de los suplicios de los combatientes, que tenían que quitárselas de la cara o las manos, mientras dormían. Uno de los cuerpos especializados en ambos bandos fue el de los desratizadores.

La cosecha de la guadaña

Nunca antes hubiera podido sospecharse tal mortandad. Perecieron cerca de 10 millones de soldados, a un promedio de 5.121 caídos por día; en las guerras napoleónicas, 1800-1815, el promedio fue de 365; en la de Secesión americana, de 518; en la Franco-prusiana, de 876. Las cifras del horror aumentan si se considera que perecieron, además, 12 millones de civiles: genocidios, bombardeos, hundimiento de buques, hambres y, sobre todo, la gripe de 1917-18. Rusia fue el país más castigado, con 4 millones de muertos militares y civiles; luego, Alemania, con 2.812.000; después, Francia, 2.400.00; Austria-Hungría, 2.200.000. En el Imperio Otomano perecieron no menos de 5 millones, incluyendo el genocidio de armenios, sirios, griegos y judíos.

Hubo batallas tan sangrientas que **se utilizaron perros para buscar a los heridos** entre los montones de muertos (Matania).